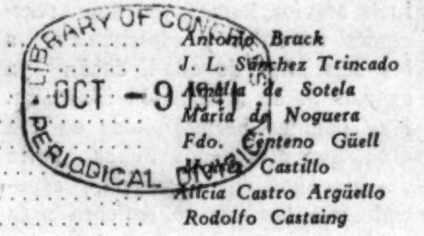
Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII | San José, Costa Rica **1941** Sábado 13 de Setiembre | Nº 16

Año XXII — Nº 920

En este número:



El centenario de Guillermo Enrique Hudson

Buenos Aires, Argentina, Agosto de 1941.

Siempre estimado don Joaquín: Suponiendo que le interese esta nota de valor actual, me tomo la libertad de ofrecérsela para su Repertorio, *si le parece bien. Estoy pasando horas muy hermosas recorriendo las pampas con este admirable compañero, que es Hudson en sus libros que no tuve la ventura de conocer antes, con excepción de* Green Mansions, *que lo leí cuando se publicara, o por lo menos hace algunos años. Hay un riqueza inexplotada en la literatura argentina, que allá ni suponemos, pues precisamente lo que nos llega por lo general no es lo realmente representativo. Me falta tiempo para hurgar todo ese tesoro que constituye la biblioteca de Eduardo.*

Voy a apresurarme por terminar unas prositas cortas que hace meses andan por ahí en espera del retoque final.

Dígamele por favor a la niña Chen Apuy *que lo que ella escribe es una verdadera promesa. Si esa niña conoce la literatura china, me parece que podría hacer una linda labor, adaptando en castellano, esa gente que tiene tanta cosa rica y desconocida para nosotros.*

Como siempre, mi estimación y recuerdo para los suyos. Eduardo también saluda.

Soy,

MARTA D. URIBE.

En este año que pareciera poner un jalón en el empeño destructor que se ensaña contra el mundo y su cultura, acaba de elevarse un tributo de reconocimiento al mayor cantor de la vida, en su forma más amplia y variada, como lo es la Naturaleza. Está aún palpitante, en la ciudad de Buenos Aires, la celebración de un centenario de gran resonancia literaria y científica: la fecha en que naciera William Henry Hudson (agosto 4, 1841). Aunque su nombre no suene criollo, tuvo este escritor argentino de expresión inglesa, como ninguno otra nacido en las riberas del Plata, mente y alma pampeanas.

Como una deferencia de la vida hacia esta gigantesca nación ción meridional, quiso el Destino que naciera en esta tierra, en el pueblo hoy conocido con el nombre de Quilmes, en el que allá por el año de 1841 existiera la estancia de "Los 25 Ombúes", nombre que derivara de los 25 árboles, que, a modo de pantalla, protegían del viento pampero la casa solitaria que habitaran sus padres.

Ha sido halagadora la manera afectuosa y estimadora en que se ha evocado la memoria de tan grande escritor. Hudson, pese a su lengua extranjera, es el más argentino de los escritores, porque nadie como él se ha identificado tan medularmente con la tierra donde viera por primera vez la luz; argentino, porque durante treinta y tres años vivió, como si dijéramos, cosido al suelo del Plata, ávidos los ojos de su espíritu y de su carne por estudiar todo lo referente a ella, pero no por deliberado afán de saber, de escrutar, sino en una actitud de amor, de devoción, que le llevara hasta el éxtasis cuando contemplaba las admirables obras de la Naturaleza en sus manifestaciones de ala, flor, nube o viento. Poeta de nacimiento, —y es esta su mejor herencia argentina—, la meditación constante en los motivos que le ofreciera la pródiga Naturaleza de esta tierra, le inclinó, naturalmente, a investigar las razones científicas de lo que cautivara la curiosidad de su espíritu.

Argentino, porque la inclinación vagabunda del gaucho que en sí llevaba le arrastró en su corriente, incontenible por la pampa ilímite. Como el gaucho andariego, él también recorrió esa tierra inmensa pidiendo hospitalidad de rancho en rancho. Su argentinidad le angustia al declinar su vida, y a los setenta y cuatro años escribe el diario de la más feliz época de su vida, la del vagabundo, que comprende treinta años, es decir, desde los tres, que él recuerda con admirable precisión, hasta los treinta y tres años en que abandonó las pampas para radicarse en Inglaterra, y que, según él, entonces "terminó su verdadera vida" ("My real life ended when I left the pampas"). Fué entonces tan aguda en él la nostalgia por la tierra natal, que a pesar de estar muy débil y enfermo, sintió la necesidad de volver, aunque sólo fuera con su imaginación, a los sitios bienamados de su juventud; allá en Inglaterra, tan distante de su Argentina, parecía aguardar la hora de la reintegración a la tierra a semejanza del guanaco que, cuando presiente su fin, busca el lugar donde han muerto sus antepasados, como lo ha asegurado algún sabio naturalista.

Guillermo Enrique Hudson, al escribir una de sus obras "Allá lejos y hace tiempo" (*Far Away and Long Ago*), volvía sus ojos, de los que nunca se había borrado el paisaje impresionante de la pampa, hacia el lejano Sur, y volcaba sobre la extensión inmensa, los más caros recuerdos de su "verdadera" vida. Inglés fué Hudson, pero sólo por el hecho de haber escrito en inglés sus obras maravillosas. Maravillosas por la vida que palpita en ellas, por el color y la expresión que las anima; por la filosofía que se desliza por ellas con la suavidad del arroyo que corre por la llanura, sin el alarde



G. E. Hudson

(Por *Luis Macaya*)

de los grandes y tumultuosos ríos, pero que corre leguas y leguas, abriendo surco...

Su personalidad se exalta en su dualidad de escritor y de naturalista. Yo presiento en él al filósofo que huye de manifestarse como tal. Su libro *Allá lejos y hace tiempo* está saturado, desde su primeras páginas, de una sabiduría muy modesta, que no quisiera lucir atavíos llamativos. Sus reacciones mentales y espirituales, a los seis años de edad, daban ya asomos de su inclinación filosófica. Hay páginas hermosísimas en esa obra, que comprende buena parte de sus años en la pampa, especialmente las que se refieren a la madre, que fué para él la única persona comprensiva y fomentadora de su inclinación contemplativa de la Naturaleza; tenía por ella una devoción que se siente palpitar aquí y allá en las páginas de su diario. Es tan interesante y tan inspiradora esta obra, que se la hizo traducir al japonés, y es hoy libro de lectura obligatorio para los niños de la escuela del Japón.

Argentino fué, pues, Hudson, en un ciento por ciento, y a pesar de que escribiera todos sus libros en inglés, ya que la única palabra que usó en ellos, en castellano, fué el título de uno de sus libros, que le dió fama universal: *El Ombú*. Es considerado como el más argentino de los escritores que lo son, y es más, está ya deslindado del campo de la discusión, el hecho de que como escritor regional, está en el mismo plano de su contemporáneo, el autor del *Martín Fierro*, y entre las obras representativas modernas, el mismo *Don Segundo Sombra* no tiene el alquitarado sabor criollo de *El Ombú*, que con sus novelas "Mansiones Verdes" (*Green Mansions*),— para mí la más hermosa sinfonía de esmeraldas—, y "La Tierra Purpúrea" (*The Purple Land*), son documentos vivos y fervorosos de la Naturaleza y la vida americanas.

En Hudson primaba el poeta sobre el naturalista, a pesar de que se le considera como el más grande de los naturalistas contemporáneos. Con visión genial comprendía todas las manifestaciones de la Naturaleza, y se acercaba a ella en la misma actitud curiosa que se acercaba a una biblioteca. Su contemplación del más diminuto insecto o del pájaro más vistoso, así como de la florecilla humilde del cardo, o del árbol de imponente copa, eran motivos que le arrebataban y le ponían en comunicación con el "alma" agreste. Fino observador que ponía, hecha un haz, toda su sensibilidad en su mirada o en sus oídos cuando observaba alguna manifestación de la Naturaleza. Hay, diseminadas en todas sus obras, las más sutiles afirmaciones, entre ellas la muy curiosa de que *la langosta verde produce el sonido de mayor expresión entre todos los del mundo animal*. Tenía Hudson una gran seguridad de la existencia de otros sentidos fuera de los cinco de noción vulgar, dándole gran importancia al que él llamaba "el sentido de la cosa en sí". Guardaba en su memoria, el canto de unos cien pájaros, sonidos que podía reproducir sin confundirlos entre sí, lo que da idea de su prodigiosa memori.a

Ezequiel Martínez Estrada, honra de las letras argentinas, es el escritor que ha estudiado más de cerca, con amor de hermano, la labor literaria y científica de Guillermo Enrique Hudson. La ha profundizado en todas sus dimensiones, y por eso sus juicios nos merecen fe como para propagarlos. Dice Martínez Estrada, al situar a Hudson en el panorama literario de la hora presente, que "es el más grande de los escritores nacidos en el país, y uno de los más grandes de los escritores contemporáneos".

También los escritores ingleses de valor consagrado le consideran como el más grande escritor inglés, y se le reconoce como uno de los mejores de la literatura universal. Para Tagore, Hudson era el mejor prosista del mundo, testimonio que coincide con el de Galsworthy, quien afirmaba que era el más famoso escritor de nuestra época.

Ezequiel Martínez Estrada celebra, con una sinceridad que le hace mucho honor, que Hudson hubiera escrito su obra en inglés, y en otra tierra. De su apreciación sobre los admirables libros del gran "gaucho" inglés, dicha en el Congreso de Escritores, celebrado recientemente en Tucumán (en los últimos días de julio) tomamos el siguiente juicio:

"Si traemos a nuestro idioma la obra de Hudson, veremos que lo que él ha hecho es salvar del desastre y de la pérdida esos materiales que aquí hubieran sucumbido devorados por la realidad. En buena hora, pues, su marcha, llevándose en su libreta de apuntes y en esa otra libreta de apuntes que era su organismo entero, donde él había anotado con una escritura nítida e indeleble, las mismas observaciones, pero más vivas, que en su libreta de apuntes". (1) Y más adelante: "Pero además, como si presintiera que no íbamos a poder darle forma en un estilo de valor universal, trabajó esos materiales y los dejó perfectos y acabados, de modo que no tuviéramos sino que traducir."

Explica luego, acertadamente el señor Martínez Estrada, que las pocas obras que hay traducidas de Hudson, apenas las conocen los escritores de habla castellana: "El lector que ansioso busca nuestra literatura, no sabe que ahí la tiene, no solamente como se la damos nosotros, en una obra inferior y con una sensibilidad y un razonamiento de aprendices, sino una obra maestra en cualquier idioma y en cualquier parte del mundo.

(1) Confiamos en que la versión taquigráfica sea fiel.

Afortunadamente para los lectores de fino gusto literario, las obras de Hudson están traducidas casi en su totalidad al castellano. Algunas, como "Allá lejos y hace tiempo", está admirablemente traducida, y es un imperativo cultural conocerlas.

Guillermo Enrique Hudson vivió en Inglaterra de los treinta y tres a los ochenta y un años, en que murió. Desde los dieciséis sufría la angustia de saberse sentenciado a morir en cualquier momento de un ataque cardiaco, y durante esos sesenta y cinco años, nunca se acostó sin el convencimiento de que no amanecería vivo. Quizá su amor intenso a la vida, a la que rindió culto en su expresión más bella, como lo es la Naturaleza, sostuvo el ritmo de su corazón hasta los ochenta y un años.

En el parque más hermoso de Londres se le ha erigido un monumento a este genio de las pampas. Perpetúa a *Rima*, la heroína de *Mansiones Verdes*, y es obra de uno de los más grandes e incomprendidos escultores de nuestro tiempo, Eipstein.

GRIS.

Bs. As., Argentina, agosto de 1941.

El Político

Ensayo

(En el *Rep. Amer.* Véanse las partes I a VII en los tres números anteriores).

VII

De los campesinos de Nugello, al norte de Florencia, asilados en la ciudad del rojo lirio, surgió la estirpe de comerciantes, y luego, de banqueros que fueron los Medicis. De ellos Cosme siente, piensa y obra como príncipe. "De la reyecía sólo os falta el nombre" — le escribía Eneas-Silvio Piccolomini, que fué el Papa Pío II. Fué político en grande. Y odiado hubiera pasado a la Historia, si no hubiese amado las Letras y a los hombres que las poseían y las representaban. Y no las amó y protegió menos Lorenzo el Magnífico. Los grandes de verdad amaron el esplendor de las Letras y de las Artes, y por eso, envueltos sus nombres sobreviven en la historia con aquel mismo esplendor.

Al político de nuestro tiempo rara vez interesan las Letras o las Artes. Hace uso de ellas, como de la imprenta o del automóvil, cuando les son útiles a sus fines. Ellas son lo que decora y aureola. En el fondo de su pensamiento, sólo conserva devoción por los artistas, de cuya obra conoció alguna cosa en su adolescencia y primera juventud.

Con ese magro acervo transitan por la calle real de su profesión política. Ni estudian, ni admiran abiertamente a los que han surgido entre sus contemporáneos, o en las generaciones más jóvenes. Se pavonean declarando que no los leen, que no conocen sus obras. Y luego aspiran a gobernaar, porque no se dan cabal cuenta de que gobernar es hacer algo más que vigilar la Hacienda, manipulear la Gobernación y poner gente de su confianza en las posiciones estratégicas de la defensa del Estado.

Nada saben hacer por la cultura de los pueblos, fuera del pago de las deudas políticas, que deben cancelarse creando la burocracia de la cultura, como crean la burocracia de la salud, o la de las obras públicas.

Al político no interesan los Congresos y Conferencias internacionales, por la naturaleza de los asuntos que en ellos deben debatirse y resolverse, sino porque a ellos asistirán tales amigos, a quienes es preciso aplacar, o seducir, o recompensar por el dinero emprestado, o por los mediocres discursos de la campaña electoral.

Al político no interesa proteger a los artistas, ni a los hombres de ciencia y de letras, sino cuando éstos se le uncen a su carroza de carnaval. Para él no tienen importancia las escuelas superiores, los Museos, los Conservatorios, los monumentos arqueológicos, ni teatros populares, ni bibliotecas públicas. Unas y otras se suceden las Administraciones sin que ninguna de ellas haya hecho algún esfuerzo de consideración por instituciones culturales. Construyen escuelas por el deleite de edificar, no por su contenido espiritual.

Puede pasarse el político los treinta, o los cincuenta años de su vida política, sin que un afán propiamente cultural le haya movido a procurar un edificio, un salón, una biblioteca en donde las actividades de la cultura nacional pueda hallar refugio, un laboratorio para los estudiosos de las ciencias, un premio anual para la mejor obra de ciencia o de arte, para el mejor operario en arcilla, metal o madera, o cuero o paño.

Para la mentalidad del político nada de esto posee algún valor práctico, al modo que lo tiene la protección industrial, la compra de terrenos para cualquier fin utilitario, o sin utilidad, con tal que con ello se pueda pagar otra deuda política. Porque esto es lo primor-

dial: satisfacer al acreedor político, al pariente desafortunado, o comprar el silencio de una contratación mal nacida, a expensas del Estado.

De allí procede el decaimiento moral de tantos artistas y de tantos escritores que se sitúan en el rango de los plebeyos cazadores de granjerías; de los que dedican piezas musicales, artículos encomiásticos, menos con espíritu de admiración sincera, que con el de la lisonja mendicante.

El político así lisonjeado por artistas, por escritores, por ciudadanos que deberían estimarse más a sí mismos, continúa afectando su actitud desdeñosa hacia esos tales, y también hacia las Artes, y las Ciencias, y las Letras, y hacia los hombres que las cultivan.

VIII

Al político, ya en el poder, suele ocurrirle una transformación extraña: se le llenan de sabiduría todas sus decisiones, se untan de ingenio sus palabras, y destilan fosforecencia sus dictámenes. Tórnansele admiradores sus consejeros, y ya no volverá a escuchar en torno suyo otra verdad que la que a él se le derrama luminosa cuando habla. Porque es en adelante su funesto destino hacer verdad cuanto cruza por su esclarecido entendimiento. Con él ya no hay debate. Su parecer es una esfera de cristal, por lo rotundo y lo transparente.

En bastidores, sin embargo, espera el mago hacedor de políticos de poca monta: el periodista. Mago que presta al político las varias máscaras con que éste se presenta al público: economista, sociólogo, polemista, orador.

A menudo el político se pierde en polémicas insulsas, arrastrando a choteo la situación de un adversario, sin percatarse de que con ello no se crece jamás, ni de que si alguna talla antes tenía, la disminuye. Casi siempre es un periodista amigo quien le salva de sí mismo. Y si un periodista no se lo hace, jamás o rara vez, encara los grandes problemas nacionales, desde un soberano punto de vista. Porque, para él, las más de las veces la política es un simple juego de prendas en torno de la mesa del comedor de la mansión presidencial.

Para él, Política es nudo y enredo de cosas pequeñas, musarañas y bagatelas, murmuraciones y conjeturas, detracciones y lisonjas. ¿Para qué la filosofía política, o el estudio de las cuestiones sociales, o la visión filosófica de la historia de su patria, o de su época?

El político es siempre un realista para quien las ciencias nada tienen que ver con él ni con lo suyo. En caso de urgente necesidad, allí está el saxofón del periodista que *interpretará su pensamiento* sin que él sepa darle la partitura.

Mas no hacen bien los periodistas que no cobran por su labor de redacción de discursos y de reportajes, cuando el político los llama para extraer del fuego sus castañas. Distinga el periodista la noticia de lo que no es otra cosa que tañer de címbalos a las puertas del alcázar donde escondida mora la Opinión Pública. Cóbrales el impresor por su trabajo técnico en servicio del político, ¿por qué no, el que tanto contribuye a mantener el buen nombre del político, exhibiéndolo honorablemente ante el público? Político hay que sólo ha sido hechura del periodista. Páguele aquél, por lo que no siendo, es. Haga honestamente el periodista su casa con los relieves del banquete político.

Pagó Dionisio el Joven, tirano de Siracusa, con el destierro y sus estrecheces las crueldades que infligió a sus amigos y a sus adversarios. Y cuando alguna vez el músico Aristoxeno le preguntara en qué forma le había ofendido Platón para que lo despidiese de sí tan indignamente como lo hizo, le replicó Dionisio que de los muchos males que van aparejados al poder, es la mayor infelicidad la de que ninguno de los que se dan por amigos del poderoso se aventura a decirle llanamente la verdad, y que a causa de ellos se había visto privado de las excelencias de Platón.

Una forma de la ceguedad del político es la de no poder ver amigos en quienes le dicen llanamente la verdad, como ellos la miran y comprenden.

Costa Rica, setiembre, 1941.

R. BRENES MESEN.



Mayo, 1940

(En el *Rep. Amer.*)

El 22 de Mayo de 1940, a las dos y media de la madrugada un pequeño grupo de escritores e investigadores latino-americanos que regresábamos de una fatigante jornada de fiestas en la Feria Mundial de New York, nos despedíamos camino de los hoteles y las rutas más distintas en la tumultuosa estación de Times Square cuyos relojes marcan siempre la última y más acelerada hora del mundo. A pesar de la madrugada que parece filtrarse con su humedad y su luz verdosa de los subterráneos neoyorquinos, que viene del río, de los pies de New York que equivalen en su mojada y áspera profundidad a la altura de sus torres; a pesar de la niebla negra en que se funden la lluvia, el carbón y el cansancio nocturno de la tremenda metrópoli, las gentes a esa hora estaban comprando periódicos y avanzaban con sus reflexiones solitarias y sus caras tristes por el dédalo de pasillos y escaleras de la gigantesca estación. Al salir a la calle, a los enormes navíos de las casas, a las estrellas que también se ven a esta hora en New York, el feo edificio del *Times* proyectaba sin tregua como un film anaranjado e interminable, la ancha cinta de sus noticias. Las últimas tropas de Francia se rendían; avergüábase por las divisiones inglesas detenidas en Dunkerque, y en un blindado tren fronterizo decorado de águilas oscuras, Herr Hitler recibía como el Dios Thor de una edad mecánica, la humillación de los mariscales franceses. Llegaba hasta nosotros al través del Océano y la distancia una como ráfaga de la helada estupefacción que en ese momento estaba envolviendo a la lejana humanidad europea. El día nacía en New York y ese día envuelto en la gris placenta de la madrugada, era acaso decisivo en la nueva Historia del mundo.

Por contraste, nosotros habíamos gozado durante las dos últimas semanas, del escenario de una civilización pacífica y madura, prodigada en bienes materiales, en abundancia, en espectáculos. Nos había rodeado con su aliento trepidante, lo que un hombre moderno puede llamar la Poesía de la vida norteamericana. No dudéis, románticos de Sur América, que existe una Poesía de otra especie que la de vuestras nocturnas vidalitas, en el estilo yanqui de vivir. Hecho a una Naturaleza más ancha y generosa que la de la circundada Europa estos norteamericanos se construyeron una Arquitectura y un idioma que era precisamente el que les hacía falta. Y desde una pequeña eminencia del Parque Central, New York de noche con el prodigio de sus luces y de sus rascacielos, avanza como una enorme flota futurista; domina los vientos atlánticos y tiende por la tierra, el agua y el aire, el tremendo rodaje de sus comunicaciones. Se adorna con las flores boreales del Canadá y con las orquídeas de Cuba. Registra con la misma precisión informativa el último ciclón, el último juego de bolsa, el último verso hermoso que se ha compuesto en el mundo. Ha creado su idioma, el neoyorquino, que ya no es el académico y suave Inglés de Oxford sino otro lleno de flexibilidad y contracciones, rápido y nervioso, en que el arte de pensar y de decir se simplifica casi como en una fórmula algebraica. País enriquecido con el tributo de sus 47 estados, con el petróleo de Oklahoma y el trigo de sus gigantescas llanuras centrales, fundiendo el inglés con el piel roja, el irlandés y el judío, enorme olla de la humanidad, es el escenario de mayor dimensión, más pululante y audaz, que haya conocido el mundo moderno. Ahora puede recibir—como para que den nuevas germinaciones—la ciencia y el arte de la muriente Europa. A conversar de temas pacíficos—Cultura, Educación, Servicio Social—nos habían convidado nuestros amigos norteamericanos en los floridos "campos" de sus Universidades, en sus enormes "halls" de conferencias, en los sanos banquetes de sus escritores y catedráticos platónicamente abaste-

de los grandes y tumultuosos ríos, pero que corre leguas y leguas, abriendo surco...

Su personalidad se exalta en su dualidad de escritor y de naturalista. Yo presiento en él al filósofo que huye de manifestarse como tal. Su libro *Allá lejos y hace tiempo* está saturado, desde su primeras páginas, de una sabiduría muy modesta, que no quisiera lucir atavíos llamativos. Sus reacciones mentales y espirituales, a los seis años de edad, daban ya asomos de su inclinación filosófica. Hay páginas hermosísimas en esa obra, que comprende buena parte de sus años en la pampa, especialmente las que se refieren a la madre, que fué para él la única persona comprensiva y fomentadora de su inclinación contemplativa de la Naturaleza; tenía por ella una devoción que se siente palpitar aquí y allá en las páginas de su diario. Es tan interesante y tan inspiradora esta obra, que se la hizo traducir al japonés, y es hoy libro de lectura obligatorio para los niños de la escuela del Japón.

Argentino fué, pues, Hudson, en un ciento por ciento, y a pesar de que escribiera todos sus libros en inglés, ya que la única palabra que usó en ellos, en castellano, fué el título de uno de sus libros, que le dió fama universal: *El Ombú*. Es considerado como el más argentino de los escritores que lo son, y es más, está ya deslindado del campo de la discusión, el hecho de que como escritor regional, está en el mismo plano de su contemporáneo, el autor del *Martín Fierro,* y entre las obras representativas modernas, el mismo *Don Segundo Sombra* no tiene el alquitarado sabor criollo de *El Ombú,* que con sus novelas "Mansiones Verdes" (*Green Mansions*),— para mí la más hermosa sinfonía de esmeraldas—, y "La Tierra Purpúrea" (*The Purple Land*), son documentos vivos y fervorosos de la Naturaleza y la vida americanas.

En Hudson primaba el poeta sobre el naturalista, a pesar de que se le considera como el más grande de los naturalistas contemporáneos. Con visión genial comprendía todas las manifestaciones de la Naturaleza, y se acercaba a ella en la misma actitud curiosa que se acercaba a una biblioteca. Su contemplación del más diminuto insecto o del pájaro más vistoso, así como de la florecilla humilde del cardo, o del árbol de imponente copa, eran motivos que le arrebataban y le ponían en comunicación con el "alma" agreste. Fino observador que ponía, hecha un haz, toda su sensibilidad en su mirada o en sus oídos cuando observaba alguna manifestación de la Naturaleza. Hay, diseminadas en todas sus obras, las más sutiles afirmaciones, entre ellas la muy curiosa de que *la langosta verde produce el sonido de mayor expresión entre todos los del mundo animal.* Tenía Hudson una gran seguridad de la existencia de otros sentidos fuera de los cinco de noción vulgar, dándole gran importancia al que él llamaba "el sentido de la cosa en sí". Guardaba en su memoria, el canto de unos cien pájaros, sonidos que podía reproducir sin confundirlos entre sí, lo que da idea de su prodigiosa memori.a

Ezequiel Martínez Estrada, honra de las letras argentinas, es el escritor que ha estudiado más de cerca, con amor de hermano, la labor literaria y científica de Guillermo Enrique Hudson. La ha profundizado en todas sus dimensiones, y por eso sus juicios nos merecen fe como para propagarlos. Dice Martínez Estrada, al situar a Hudson en el panorama literario de la hora presente, que "es el más grande de los escritores nacidos en el país, y uno de los más grandes de los escritores contemporáneos".

También los escritores ingleses de valor consagrado le consideran como el más grande escritor inglés, y se le reconoce como uno de los mejores de la literatura universal. Para Tagore, Hudson era el mejor prosista del mundo, testimonio que coincide con el de Galsworthy, quien afirmaba que era el más famoso escritor de nuestra época.

Ezequiel Martínez Estrada celebra, con una sinceridad que le hace mucho honor, que Hudson hubiera escrito su obra en inglés, y en otra tierra. De su apreciación sobre los admirables libros del gran "gaucho" inglés, dicha en el Congreso de Escritores, celebrado recientemente en Tucumán (en los últimos días de julio) tomamos el siguiente juicio:

"Si traemos a nuestro idioma la obra de Hudson, veremos que lo que él ha hecho es salvar del desastre y de la pérdida esos materiales que aquí hubieran sucumbido devorados por la realidad. En buena hora, pues, su marcha, llevándose en su libreta de apuntes y en esa otra libreta de apuntes que era su organismo entero, donde él había anotado con una escritura nítida e indeleble, las mismas observaciones, pero más vivas, que en su libreta de apuntes". (1) Y más adelante: "Pero además, como si presintiera que no íbamos a poder darle forma en un estilo de valor universal, trabajó esos materiales y los dejó perfectos y acabados, de modo que no tuviéramos sino que traducir."

Explica luego, acertadamente el señor Martínez Estrada, que las pocas obras que hay traducidas de Hudson, apenas las conocen los escritores de habla castellana: "El lector que ansioso busca nuestra literatura, no sabe que ahí la tiene, no solamente como se la damos nosotros, en una obra inferior y con una sensibilidad y un razonamiento de aprendices, sino una obra maestra en cualquier idioma y en cualquier parte del mundo.

(1) Confiamos en que la versión taquigráfica sea fiel.

Afortunadamente para los lectores de fino gusto literario, las obras de Hudson están traducidas casi en su totalidad al castellano. Algunas, como "Allá lejos y hace tiempo", está admirablemente traducida, y es un imperativo cultural conocerlas.

Guillermo Enrique Hudson vivió en Inglaterra de los treinta y tres a los ochenta y un años, en que murió. Desde los dieciséis sufría la angustia de saberse sentenciado a morir en cualquier momento de un ataque cardíaco, y durante esos sesenta y cinco años, nunca se acostó sin el convencimiento de que no amanecería vivo. Quizá su amor intenso a la vida, a la que rindió culto en su expresión más bella, como lo es la Naturaleza, sostuvo el ritmo de su corazón hasta los ochenta y un años.

En el parque más hermoso de Londres se le ha erigido un monumento a este genio de las pampas. Perpetúa a *Rima,* la heroína de *Mansiones Verdes,* y es obra de uno de los más grandes e incomprendidos escultores de nuestro tiempo, Eipstein.

GRIS.

Bs. As., Argentina, agosto de 1941.

El Político

Ensayo

(En el *Rep. Amer.* Véanse las partes I a VII en los tres números anteriores).

VII

De los campesinos de Nugello, al norte de Florencia, asilados en la ciudad del rojo lirio, surgió la estirpe de comerciantes, y luego, de banqueros que fueron los Medicis. De ellos Cosme siente, piensa y obra como príncipe. "De la reyecía sólo os falta el nombre" — le escribía Eneas-Silvio Piccolomini, que fué el Papa Pío II. Fué político en grande. Y odiado hubiera pasado a la Historia, si no hubiese amado las Letras y a los hombres que las poseían y las representaban. Y no las amó y protegió menos Lorenzo el Magnífico. Los grandes de verdad amaron el esplendor de las Letras y de las Artes, y por eso, envueltos sus nombres sobreviven en la historia con aquel mismo esplendor.

Al político de nuestro tiempo rara vez interesan las Letras o las Artes. Hace uso de ellas, como de la imprenta o del automóvil, cuando les son útiles a sus fines. Ellas son lo que decora y aureola. En el fondo de su pensamiento, sólo conserva devoción por los artistas, de cuya obra conoció alguna cosa en su adolescencia y primera juventud.

Con ese magro acervo transitan por la calle real de su profesión política. Ni estudian, ni admiran abiertamente a los que han surgido entre sus contemporáneos, o en las generaciones más jóvenes. Se pavonean declarando que no los leen, que no conocen sus obras. Y luego aspiran a gobernaar, porque no se dan cabal cuenta de que gobernar es hacer algo más que vigilar la Hacienda, manipulear la Gobernación y poner gente de su confianza en las posiciones estratégicas de la defensa del Estado.

Nada saben hacer por la cultura de los pueblos, fuera del pago de las deudas políticas, que deben cancelarse creando la burocracia de la cultura, como crean la burocracia de la salud, o la de las obras públicas.

Al político no interesan los Congresos y Conferencias internacionales, por la naturaleza de los asuntos que en ellos deben debatirse y resolverse, sino porque a ellos asistirán tales amigos, a quienes es preciso aplacar, o seducir, o recompensar por el dinero emprestado, o por los mediocres discursos de la campaña electoral.

Al político no interesa proteger a los artistas, ni a los hombres de ciencia y de letras, sino cuando éstos se le uncen a su carroza de carnaval. Para él no tienen importancia las escuelas superiores, los Museos, los Conservatorios, los monumentos arqueológicos, ni teatros populares, ni bibliotecas públicas. Unas y otras se suceden las Administraciones sin que ninguna de ellas haya hecho algún esfuerzo de consideración por instituciones culturales. Construyen escuelas por el deleite de edificar, no por su contenido espiritual.

Puede pasarse el político los treinta, o los cincuenta años de su vida política, sin que un afán propiamente cultural le haya movido a procurar un edificio, un salón, una biblioteca en donde las actividades de la cultura nacional pueda hallar refugio, un laboratorio para los estudiosos de las ciencias, un premio anual para la mejor obra de ciencia o de arte, para el mejor operario en arcilla, metal o madera, o cuero o paño.

Para la mentalidad del político nada de esto posee algún valor práctico, al modo que lo tiene la protección industrial, la compra de terrenos para cualquier fin utilitario, o sin utilidad, con tal que con ello se pueda pagar otra deuda política. Porque esto es lo primor-

dial: satisfacer al acreedor político, al pariente desafortunado, o comprar el silencio de una contratación mal nacida, a expensas del Estado.

De allí procede el decaimiento moral de tantos artistas y de tantos escritores que se sitúan en el rango de los plebeyos cazadores de granjerías; de los que dedican piezas musicales, artículos encomiásticos, menos con espíritu de admiración sincera, que con el de la lisonja mendicante.

El político así lisonjeado por artistas, por escritores, por ciudadanos que deberían estimarse más a sí mismos, continúa afectando su actitud desdeñosa hacia esos tales, y también hacia las Artes, y las Ciencias, y las Letras, y hacia los hombres que las cultivan.

VIII

Al político, ya en el poder, suele ocurrirle una transformación extraña: se le llenan de sabiduría todas sus decisiones, se untan de ingenio sus palabras, y destilan fosforecencia sus dictámenes. Tórnansele admiradores sus consejeros, y ya no volverá a escuchar en torno suyo otra verdad que la que a él se le derrama luminosa cuando habla. Porque es en adelante su funesto destino hacer verdad cuanto cruza por su esclarecido entendimiento. Con él ya no hay debate. Su parecer es una esfera de cristal, por lo rotundo y lo transparente.

En bastidores, sin embargo, espera el mago hacedor de políticos de poca monta: el periodista. Mago que presta al político las varias máscaras con que éste se presenta al público: economista, sociólogo, polemista, orador.

A menudo el político se pierde en polémicas insulsas, arrastrando a choteo la situación de un adversario, sin percatarse de que con ello no se crece jamás, ni de que si alguna talla antes tenía, la disminuye. Casi siempre es un periodista amigo quien le salva de sí mismo. Y si un periodista no se lo hace, jamás o rara vez, encara los grandes problemas nacionales, desde un soberano punto de vista. Porque, para él, las más de las veces la política es un simple juego de prendas en torno de la mesa del comedor de la mansión presidencial.

Para él, Política es nudo y enredo de cosas pequeñas, musarañas y bagatelas, murmuraciones y conjeturas, detracciones y lisonjas. ¿Para qué la filosofía política, o el estudio de las cuestiones sociales, o la visión filosófica de la historia de su patria, o de su época?

El político es siempre un realista para quien las ciencias nada tienen que ver con él ni con lo suyo. En caso de urgente necesidad, allí está el saxofón del periodista que *interpretará su pensamiento* sin que él sepa darle la partitura.

Mas no hacen bien los periodistas que no cobran por su labor de redacción de discursos y de reportajes, cuando el político los llama para extraer del fuego sus castañas. Distinga el periodista la noticia de lo que no es otra cosa que tañer de címbalos a las puertas del alcázar donde escondida mora la Opinión Pública. Cóbrales el impresor por su trabajo técnico en servicio del político, ¿por qué no, el que tanto contribuye a mantener el buen nombre del político, exhibiéndolo honorablemente ante el público? Político hay que sólo ha sido hechura del periodista. Páguele aquél, por lo que no siendo, es. Haga honestamente el periodista su casa con los relieves del banquete político.

Pagó Dionisio el Joven, tirano de Siracusa, con el destierro y sus estrecheces las crueldades que infligió a sus amigos y a sus adversarios. Y cuando alguna vez el músico Aristoxeno le preguntara en qué forma le había ofendido Platón para que lo despidiese de sí tan indignamente como lo hizo, le replicó Dionisio que de los muchos males que van aparejados al poder, es la mayor infelicidad la de que ninguno de los que se dan por amigos del poderoso se aventura a decirle llanamente la verdad, y que a causa de ellos se había visto privado de las excelencias de Platón.

Una forma de la ceguedad del político es la de no poder ver amigos en quienes le dicen llanamente la verdad, como ellos la miran y comprenden.

Costa Rica, setiembre, 1941.

R. BRENES MESEN.



Mayo, 1940

(En el *Rep. Amer.*)

El 22 de Mayo de 1940, a las dos y media de la madrugada un pequeño grupo de escritores e investigadores latino-americanos que regresábamos de una fatigante jornada de fiestas en la Feria Mundial de New York, nos despedíamos camino de los hoteles y las rutas más distintas en la tumultuosa estación de Times Square cuyos relojes marcan siempre la última y más acelerada hora del mundo. A pesar de la madrugada que parece filtrarse con su humedad y su luz verdosa de los subterráneos neoyorquinos, que viene del río, de los pies de New York que equivalen en su mojada y áspera profundidad a la altura de sus torres; a pesar de la niebla negra en que se funden la lluvia, el carbón y el cansancio nocturno de la tremenda metrópoli, las gentes a esa hora estaban comprando periódicos y avanzaban con sus reflexiones solitarias y sus caras tristes por el dédalo de pasillos y escaleras de la gigantesca estación. Al salir a la calle, a los enormes navíos de las casas, a las estrellas que también se ven a esta hora en New York, el feo edificio del *Times* proyectaba sin tregua como un film anaranjado e interminable, la ancha cinta de sus noticias. Las últimas tropas de Francia se rendían; averiguábase por las divisiones inglesas detenidas en Dunkerque, y en un blindado tren fronterizo decorado de águilas oscuras, Herr Hitler recibía como el Dios Thor de una edad mecánica, la humillación de los mariscales franceses. Llegaba hasta nosotros al través del Océano y la distancia una como ráfaga de la helada estupefacción que en ese momento estaba envolviendo a la lejana humanidad europea. El día nacía en New York y ese día envuelto en la gris placenta de la madrugada, era acaso decisivo en la nueva Historia del mundo.

Por contraste, nosotros habíamos gozado durante las dos últimas semanas, del escenario de una civilización pacífica y madura, prodigada en bienes materiales, en abundancia, en espectáculos. Nos había rodeado con su aliento trepidante, lo que un hombre moderno puede llamar la Poesía de la vida norteamericana. No dudéis, románticos de Sur América, que existe una Poesía de otra especie que la de vuestras nocturnas vidalitas, en el estilo yanqui de vivir. Hecho a una Naturaleza más ancha y generosa que la de la circundada Europa estos norteamericanos se construyeron una Arquitectura y un idioma que era precisamente el que les hacía falta. Y desde una pequeña eminencia del Parque Central, New York de noche con el prodigio de sus luces y de sus rascacielos, avanza como una enorme flota futurista; domina los vientos atlánticos y tiende por la tierra, el agua y el aire, el tremendo rodaje de sus comunicaciones. Se adorna con las flores boreales del Canadá y con las orquídeas de Cuba. Registra con la misma precisión informativa el último ciclón, el último juego de bolsa, el último verso hermoso que se ha compuesto en el mundo. Ha creado su idioma, el neoyorquino, que ya no es el académico y suave Inglés de Oxford sino otro lleno de flexibilidad y contracciones, rápido y nervioso, en que el arte de pensar y de decir se simplifica casi como en una fórmula algebraica. País enriquecido con el tributo de sus 47 estados, con el petróleo de Oklahoma y el trigo de sus gigantescas llanuras centrales, fundiendo el inglés con el piel roja, el irlandés y el judío, enorme olla de la humanidad, es el escenario de mayor dimensión, más pululante y audaz, que haya conocido el mundo moderno. Ahora puede recibir—como para que den nuevas germinaciones—la ciencia y el arte de la muriente Europa. A conversar de temas pacíficos—Cultura, Educación, Servicio Social—nos habían convidado nuestros amigos norteamericanos en los floridos "campos" de sus Universidades, en sus enormes "halls" de conferencias, en los sanos banquetes de sus escritores y catedráticos platónicamente abaste-

cidos de frutas y agua helada. Querían mostrarnos—y lo consiguieron—que más allá de aquella imágen popular del americano "bussines man" y coleccionista de artefactos mecánicos, existe otra América más concentrada y reflexiva. Acaso nos pedían con puritano idealismo mucho más de lo que nosotros podíamos darles: el secreto para crear un diálogo espiritual entre las dos Américas, para mantener una convivencia sincera, para defender la libertad del hombre, aquel sencillo "bill of rights", tan humano y tan cómodo que escribieron unos lores de peluca en Inglaterra a fines del siglo XVII y que durante dos siglos y medio nos permitió viajar, escribir en los papeles, adorar a nuestro propio Dios sin tener que destruir la iglesia del vecino. Con su levita provinciana cortada en Illinois, sus botas de caminador, sus barbas y su bondadosa cara plebeyota de maestro o pastor rural que puede explicar la Biblia en las ceremonias del domingo, Abraham Lincoln, el buen "Abbe" de la estatua sobre el que se posan los gorriones en la primavera de Washington City, seguía siendo su mejor arquetipo moral. Nada más distinto de los bustos cesáreos, de los mentones clásicos, de aquellos procónsules de Roma que inspiraron a Maquiavelo y a Mussolini que nuestro buen "Abbe". El no habla en idioma grandilocuente, ni convierte en proa la quijada, ni saluda las águilas imperiales. Es amigo de la familia Smith; la visita el domingo cuando sale de la Iglesia, da buenos consejos, se interesa por la cosecha y la salud de los muchachos y de tiempo en tiempo se lleva la mano a la cadena del reloj. Pero su filosofía, que también la tiene, aunque no la exprese en cláusulas ciceronianas, es la que veíamos fructificar a pesar de todo, en lo mejor y más positivo de la civilización yanqui: el servicio socail, la libertad de escribir, de hablar y de andar. ¿Cómo no cambiarían esos legionarios del Duce o del Fuhrer, suntuosamente uniformados, de marcial y desafiante apostura, pero con el estómago un tanto vacío, su belicoso destino, por el de uno de estos obreros americanos que consumen los mayores sandwiches y las más colmadas tazas de café con leche que se sirven en el mundo? Pero hay que hacer Historia heroica, dicen los dictadores. Muy bien, pero los héroes son muy pocos, y los John Smith, vaquero en Texas o fruticultor en California, son innumerables. Los pueblos se hacen con poquísimos héroes y muchísimos John Smith que piden escuelas limpias, salarios fijos, alimentos sanos y la libertad de irse al campo un día domingo en su carrito Ford sin estar pensando en la mística del Partido, en el mesianismo de los arios o en la "Teoría del Imperio".

—Ya sabemos—me decía un profesor norteamericano—que esta Democracia, y la Democracia en general, contiene enormes deficiencias. Cada año salen de las prensas universitarias de Harvard, de Columbia, de Michigán varias decenas de libros en que recientes doctores en Política hacen el balance y descubren las fallas del sistema democrático. Pero cualquiera democracia es preferible a la mejor dictadura por una sola razón, empírica y biológica, que se le ha olvidado a los tratadistas modernos, pero que encontré en días pasados en uno de esos pensadores ingleses del siglo XVIII—no sé bien si en Locke o en Hume—Con la democracia hay la posibilidad de que las cosas se renueven; biológicamente la democracia perfecta podría compararse con un buen sistema de irrigación sanguínea en que llega siempre al corazón el trabajo de las arterias, mientras que las dictaduras donde todas las funciones de la sociedad las absorbe el tirano, perecen de embolía histórica. El drama de toda dictadura es su envejecimiento, la obturación de su sistema sanguíneo. Después de un tiempo las dictaduras se hacen más viejas que las democracias porque no obedecen al ciclo vital del grupo renovado, sino del tirano que se torna infalible y maniático. Cuando pase la transitoria elocuencia de los uniformes pardos, de las ideas y los mitos simplificados que mueven a los hombres como marionetas mecánicas, se volverá a buscar en los pensadores del siglo XVIII formas de organización que habrán de parecernos modernísimas.

Pero mientras hablábamos de la Democracia y del humano destino de segura felicidad que parecían buscar mejor que cualquiera otro pueblo contemporáneo en el planeta, los Estados Unidos, Europa nos remitía, ensimismándonos y entristeciéndonos, su nubarrón de noticias. Por aquellas dos semanas de diálogo en Norte América, pasaban momentos de oscura zozobra. A veces encontrábamos pueril nuestra asistencia a una asamblea de catedráticos donde se hablaba de algún nuevo método de Pedagogía o de la manera más eficaz de fortalecer la cooperación intelectual. ¿No será todo esto un juego vano, una distracción transitoria, mientras las fuerzas destructivas de la Cultura llegan también a América y establecen aquí su ofuscada voluntad de fuerza? Una noche—precisamente la misma en que las tropas alemanas consumaron la ocupación de Bélgica y Holanda—Arturo Toscanini daba un concierto para los delegados al Congreso Científico; y recordé cierto relato que había leído en la *Nouvelle Revue Francaise* pocas semanas antes. Describía dicha narración un festival de música celebrado en Salzburgo y que vino a coincidir, trágicamente, con el momento en que los nazis invadieron a Austria. Cuando los últimos y más dorados compases de Mozart—dorados como las cúpulas barrocas de Salzburgo—mueren en el teatro de la graciosa ciudad, los asistentes salen a la calle. Sobre los pinos y el paisaje alpestre se levanta ahora una luna plácida como la que debió alumbrar las pequeñas ciudades alemanas, llenas de arte y buena artesanía, de cortes danzantes, donde Mozart viviera. Por sobre todas las cosas dolientes queda siempre al hombre la buena liberación de la música, pensaban los pacíficos vecinos de Salzburgo, que acogían y conservaban el arte de Mozart como si fuera el áureo y tibio disco del sol que a través de las montañas nevadas embellece su jubiloso invierno. Hay en la concurrencia cierto crítico judío que escribirá, precisamente esta noche, su reseña de festival. Pero ya las tropas de Hitler tocando sus ásperas marchas—muy diversas de los ondulantes compases mozartianos—entraban a las calles de Salzburgo. Y el escritor que narraba estas cosas, estos "faits divers" casi sin importancia ante las noticias de mayor volumen que llenan los periódicos, hacía notar cómo dicha noche sintió morir en Salzburgo—Salzburgo punto de confluencia entre el Norte y el Mediodía—, sintió morir la Cultura europea. "Lo que puede venir ya es indescriptible", concluía el articulista. Lo que puede venir ya lo estaban conociendo no sólo Austria y Alemania sino toda Europa.

En aquella noche de Washington, tan llena de pesimistas presagios, Arturo Toscanini no ofrecía la música de Mozart sino la de Beethoven; es decir una música que había ya pasado por la Revolución, más teñida de angustia que la del adolescente príncipe de *La Flauta Mágica*. Ante nosotros el estupendo viejo Toscanini, domador que se hace esperar, que modela previamente en su batuta los ríos, las cascadas, las ondinas de que poblará nuestro paisaje, desplegó la gran cuadriga del *Egmont* de Beethoven. Obra simbólica, en el mismo día de la invasión de Bélgica y Holanda. Lo medioeval, en la angustia y el hambre del país invadido, en las piras de los autos de fé que van a quemar los herejes, en el dolor de pueblo y multitud que signa los primeros compases, se contrasta, allí, con lo moderno que es el claro canto de libertad que sale del pecho de Egmont. Investido del dolor de todo su pueblo, la schilleriana figura del joven héroe, se levanta en limpio vuelo azul; cumple su muer-

te con alegría. Al fin de todo aquello, los claros címbalos festejan—después de la penumbra de la flauta y el lamento de los violines—la conquista de la Libertad incoercible. Es como cuando el aviador, sorteando la tormenta, con los poderosos motores trepidantes llegó hasta el aplacado y firme azul de los cinco mil metros. Todo el combate de los hombres y de la Historia, enseñaba la música de Beethoven, como los poemas de su contemporáneo Schiller, es la búsqueda de esta lejana libertad; flor alpestre que vive en las peligrosas alturas, eterna insatisfacción y entrañable reclamo del individuo histórico. Con su batuta, verdadero tirso de hechicero, aquella noche de mayo, Arturo Toscanini conjuraba a buscarla a los hombres dispersos que van sufriendo por ella; a los sabios, los artistas y los escritores que aventó la presente barbarie. Pensábamos que merced a la radio estas notas de Toscanini podrían llegar a una lejana aldea en guerra, al campo de concentración donde entre las grietas de la soledad y de la noche los esclavos esperan que despunte el día.

Finalizaba ya nuestro diálogo aquella madrugada en Times Square. En el cruce de trenes y destinos nos decíamos adiós, los que durante dos semanas compartimos el pan y las palabras, como en ferviente comunidad de escolares. América—habíamos dicho—quiere paz, comprensión entre sus gentes de pensamiento, una diplomacia de sus pueblos que sustituya a la de sus mañosos políticos. El 22 de Mayo se nos preparó un festejo de clausura en la Feria Mundial, y de él estábamos de vuelta cambiando nuestros últimos coloquios de despedida. El mismo contraste entre un sueño de perfectibilidad y de progreso y la realidad patética de que informaban las noticias, nos había seguido en el itinerario de ese día. Junto a la maqueta de una ciudad futura—microscópica maravilla de la técnica — donde los hombres recibirán en sus esféricas casas movibles todo el oxígeno y el sol que necesitan, donde las calles habrán resuelto sus problemas de tránsito y donde una Ciencia socializada equilibrará el actual desnivel de los grupos humanos, junto a todo eso, y al enorme globo azul que en el centro de la Feria parece remontarse al alto y sereno cielo del progreso indefinido, otra realidad que había convertido en sepulcros los pabellones en que aspiraron a mostrar su esfuerzo y su espíritu, varios estados momentáneamente difuntos: Checoeslovaquia, Polonia, Noruega, Bélgica, Holanda. Algunas Avenidas de la Feria donde se desteñían las banderas de los pueblos que absorbió Hitler semejaban de este modo, avenidas de camposanto. Con ironía trágica, una muchacha vestida de aldeana bohemia nos invitaba a escuchar sus canciones checas o en el Pabellón de Polonia se nos ofrece una típica comida del país que ya no podrán gustar los polacos. Ahora Francia, nuestra Francia tan segura, la de nuestros libros y nuestros filósofos, estaba también sucumbiendo. Y entre la niebla presagiosa de aquella madrugada, sentíamos avanzar la tormenta. Sentíamos contra los valores que formaron nuestra conciencia estética y moral, la presencia de lo imprevisible y de lo monstruoso. Recordé algunas páginas patéticas en que Gastón Boissier pinta el asombro de aquellos últimos romanos del siglo V—los del refinado círculo de Símaco—cuando se encontraron con los bárbaros. Y en medio de la angustia del mundo nos dolía también—¿por qué no confesarlo?—nuestro propio destino personal. ¿Dónde estaremos, qué será de nosotros dentro de tres o cuatro años —nos preguntábamos—antes de despedirnos. ¿Sabían aquellos artistas checos que yo conocí en la linda terraza del Café Manes en Praga, explicándome el movimiento de su pintura, de su teatro, cierto día de 1936, la suerte que les aguardaba? ¿Lo sabían los escritores y artistas de la República Española? ¿O estos franceses que tan maravillosamente habían organizado su trabajo intelectual, que le dieron una como solidez de empresa manejando su repertorio de ideas, de formas, en la tradición de una cultura poderosamente estratificada? La tragedia de estas épocas tan cargadas de angustia y de sino como la que clausuró la civilización del paganismo, como la que está cerrando, también, el ciclo individualista y humanista comenzado en el Renacimiento, es que en ellas lo personal naufraga y se olvida en el terror colectivo. Convierten los individuos en la tierra y la arena sin nombre con que se comienza a edificar el desconocido mundo futuro. Pero el hombre siempre anhela,—aunque sólo sea para que lo escuchen y lo comprendan generaciones venideras—, signar el testimonio de su paso. Antes de que nos llegara aquella muerte, aquel temor que rubricaba tristemente nuestra despedida en Times Square, había que, salvar nuestro testimonio. Así Gastón Boissier describe a San Agustín levantando su utopía de la Ciudad de Dios, mientras los bárbaros entran en Hipona. Va con ellos lo que es eterno e irrenunciable: el hambre de sobrevivir, el impulso agonístico sin el cual el destino humano sólo sería vegetación y reproducción.

Y así nos despedimos—peregrinos de opuestas rutas—esa madrugada de mayo en Times Square, una de las encrucijadas del mundo que todavía permanecen encendidas.

MARIANO PICON-SALAS

Caracas, 1941.

Dos Mensajes ecuatorianos

A los hombres representativos de la cultura.
A los dirigentes del pensamiento en América.

Primer Mensaje

Sr. Director de REPERTORIO AMERICANO.
San José. Costa Rica.

Nosotros, ciudadanos de la República del Ecuador, obedeciendo al imperativo de nuestra condición de servidores de la cultura en varias de sus ramas, denunciamos ante el mundo americano que la paz del Continente ha sido trágicamente perturbada.

Esta denuncia va especialmente dirigida a los altos valores humanos, representantes del pensamiento creador y de la sensibilidad fecunda y, en ellos, a todos los hombres que en sus patrias laboran también por la cultura de América, de esta gran tierra nuestra, que comienza a ser sacudida por la misma violencia que devasta las otras regiones del planeta.

Una vieja diferencia territorial entre dos países fraternos está sirviendo hoy, con mayor intensidad que nunca, para que los dirigentes peruanos—no el pueblo del Perú—en pobre imitación de las actividades y atropellos cesaristas que han producido la matanza *civilizada* de Occidente, pretendan desencadenar la guerra entre dos familias de hombres, que debieran hablar siempre el mismo idioma de comprensión, vivir el mismo clima espiritual y humano y, en colaboración de intereses recíprocos, ser poderosos factores de la prosperidad del Nuevo Mundo, que *es nuevo*, precisamente porque desterró la iniquidad de la fuerza, para así realizar su concierto de Estados soberanos.

Oscuros empeños de dominación, fatídicos designios de esclavizar al hombre han encontrado, por fatal paradoja, eco y resonancia en el Continente de la libertad. Fuerzas que hicieron ya campo de ensayo, piedra de afilar puñales, de nuestra madre de espíritu y de sangre: España.

Y es así como, reiteradas veces, con gran despliegue de aparato bélico, hemos sido atacados, a la luz del día, a la faz del mundo; sin que nada justifique la agresión, sin que ningún sofisma ni imputación calumniosa puedan empañar la verdad de los sucesos.

Acusamos al imperialismo peruano como único responsable del ultraje inferido a una nación que, segura de su derecho, ha declarado de modo explícito y rotundo su voluntad de acogerse a todos los medios pacíficos que la justicia internacional contempla para el entendimiento entre los pueblos, y acaba de probarlo al aceptar sin reservas la actitud de cordialidad continental de la Argentina, Brasil y Estados Unidos, nobles países que mantienen ofrecida su amistosa intervención para que se eliminen definitivamente las causas del conflicto.

Los actos del pueblo ecuatoriano han estado inspirados siempre en el más auténtico pacifismo; pero éste tiene un límite: el derecho, más aún, el deber de la defensa propia. Y si nuestro pueblo guarda una de las más ricas reservas de concordia humana, es también guardián altivo de su decoro y de la integridad de su tierra. Y su vertical reciedumbre no se doblega ante el argumento ciego de la metralla lanzada con voraces empeños de dominación y de conquista.

Con el valor y el patriotismo propios de nuestros hombres, hemos rechazado serena y eficazmente el ataque aleve de fuerzas superiores. Pero esto no amengua nuestro firme propósito de paz, ni nuestra fe en la comunidad de ideales y destinos de las naciones de este hemisferio.

Con el Perú nos hallamos unidos en la geografía, la raza y la historia, por estrechos lazos de parentesco, por indeclinables mandatos de fraternidad vital. Los dos pueblos hablamos el español y el quechua. El mismo pan, de arroz y plátano, nutre a nuestras gentes. Porciones del gran Tahuantinsuyo, son los actuales territorios del Ecuador y del Perú. Las dos cimas del Incario fueron el cuzqueño Huayna-Cápac y el quiteño Atahualpa. La Cruz de Cristo y el habla del Quijote fueron traídos, en la punta herrada de sus lanzas, por los mismos aventureros heroicos, los Pizarros. Para los dos pueblos amaneció el mismo sol de libertad: Bolívar.

A los escritores y artistas queremos especialmente recordarles que los gritos más altos de liberación y justicia del hombre americano, han sido lanzados por escritores ecuatorianos y peruanos. Que la voz rebelde, al par que esclarecedora y justiciera de nuestro Juan Montalvo, repercutió años más tarde, con poderoso timbre en el verbo encendido del peruano Manuel González Prada.

Pero en nuestra sfronteras ha habido muerte de hombres; la fraternidad continental ha sido manchada de sangre. Y la absurda hecatombe continúa. Nos hallamos al borde del abismo. Desde allí sustrayéndonos al vértigo siniestro, alzamos nuestra voz. Es voz de condenación y de protesta. Y, a la vez, de llamado perentorio dirigido a los escritores y artistas de América. Porque sabemos que los escritores y artistas quieren la concordia entre los hombres, ya que todas las veces que el espíritu ha hablado entre las gentes, ha sido en mensaje de paz. Porque en toda guerra—ya lo estamos viendo ahora—además de las víctimas de carne, además del dolor del hombre físico, queda siempre, un gran herido un gran derrotado: la Cultura.

Es precioso consolidar la paz en nuestra América, pero no con banales y episódicas medidas de apaciguamiento transitorio. Nuestra responsabilidad alcanza hasta el deber de defender el futuro del hombre de todas las latitudes y ofrecerle en el seno del Continente ubérrimo un refugio de tranquilidad. La paz es el estado normal de las relaciones internacionales, y esa normalidad no podrá existir entre el Ecuador y el Perú, mientras no se marque



la frontera definitiva, que al determinar la verdad de sus territorios haga desaparecer la última causa de choques sangrientos en este hemisferio y siente la base del armonioso desenvolvimiento de los dos países. Este el problema. He aquí un anhelo de alcance continental. Para llevarlo a términos reales hace falta un esfuerzo común y urge que los intelectuales de América dejen oír su palabra inspiradora.

Deliberadamente omitimos el recuento de los títulos que consagran nuestros derechos. El propósito que nos mueve está desnudo de alegaciones; hemos purificado nuestro pensamiento de recursos dialécticos, para enarbolar únicamente el blasón de hombres hechos con el barro fértil de estas tierras, impermeable al odio y a la sangre. Y está bien: porque hablamos a quienes no han menester del bizantinismo de las discusiones para descubrir el fondo medular de los problemas; a quienes con el golpe de su mirar certero, saben sacar de la sombra al mediodía de sus conciencias diáfanas, los intereses vitales de la especie, las necesidades básicas de los pueblos y su justicia esencial.

Por eso, en este punto, recordaremos sólo que toda nación tiene derecho a una paz justa y permanente; que todas exigen el respeto a la verdad de su vida; todas demandan, como ámbito de su devenir histórico, un solar perfectamente conocido y delimitado, libre de asechanzas usurpatorias, ya se traduzcan en marcha sigilosa y paulatina, o se presenten en son de bélica conquista.

Estas verdades, traducidas al lenguaje internacional de América, constituyen normas sustanciales de convivencia. De ahí que todo Estado americano que atenta contra los derechos de otro subvierte los fundamentos históricos, ideológicos y jurídicos que hacen de América, única y solidaria, el Continente de la Paz.

A los representantes de la cultura americana a quienes hacemos llegar este Mensaje, pedímosles que respondan a nuestro llamamiento; porque esta proclama es la de hombres que hablan desde una tierra cuyo horizonte se levanta en llamas. Y les rogamos que multipliquen nuestra protesta, desde los altavoces de sus nombres consagrados. Que contribuyan a crear entre sus pueblos un ambiente de castigo moral a la agresión. Que nutran de consejo sabio la acción de sus Gobiernos, y con verbo admonitor, condenen todo todo intento de romper el frente de unión de las Américas.

Blanca Martínez de Tinajero, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Germania Paz y Miño de Breihl, Manuel Agustín Aguirre, Manuel José Aguirre, Hugo Alemán Fierro, Víctor M. Albornoz, Rafael Alvarado, Carlos Andrade Marín, Luciano Andrade Marín, Jorge Andrade Marín, Alejandro Andrade Coello, Raúl Andrade, Gualberto Arcos, Augusto Arias, Isaac J. Barrera, Jaime Barrera, Gustavo Buendía, Gonzalo Bueno, José Rafael Bustamante, Manuel Cabeza de Vaca, César Carrera Andrade, Benjamín Carrión, Alejandro Carrión, Ricardo Cornejo Rosales, Alfonso Cuesta Cuesta, Carlos Cueva Tamariz,

Jaime Cháves, Gerardo Chiriboga, Jorge Diez, Carlos Dousdebés, Gonzalo Domínguez, Sixto M. Durán, Luis A. Egüez, Julio Endara, Gonzalo Escudero, Carlos M. Espinosa, Luis Alberto Falconí, Gerardo Falconí, Jorge Fernández, Elías Gallegos Anda, Alfredo Cangotena, Víctor Gabriel Garcés, Enrique Garcés, Humberto García Ortiz, Jorge I. Guerrero, Macario Gutiérrez, Horacio Hidrovo, Jorge Icaza, Pío Jaramillo Alvarado, Clodoveo Jaramillo A., Ricardo Jaramillo L., Oswaldo Jaramillo, Eduardo Kingman, Nicolás Kingman, José María Lalama, Eduardo Larrea S., Hugo Larrea Andrade, Ignacio Lasso, Guillermo Latorre, Pedro León D., Miguel Angel León, Fidel A. López Arteta, Juan Isaac Lovato, José Alfredo Llerena, Carlos Mantilla Ortega, Alfredo Martínez, Eduardo Martínez, Humberto Mata Martínez, Bolívar Mena, Julio P. Mera, Jorge H. Merlo, Víctor Mideros, Luis Mideros, Néstor Mogollón, Antonio Montalvo, Juan Francisco Montalvo, Luis Monsalve Pozo, Eduardo Mora Moreno, José Miguel Mora, Alfredo Mora Reyes, Luis Moscoso, Pedro L. Núñez, Rodrigo Pachano, César Palacio García, Ezequiel Paladines, Julio Enrique Paderes, Angel Modesto Paredes, Alfredo Parejo Diez C., Alfredo Pérez Guerrero, Miguel Angel del Pozo V., Olmedo del Pozo, Antotonio J. Quevedo, Rafael Quevedo Coronel, Jorge Reyes, Oscar Efrén Reyes, Eduardo Rofrío V., Luis Robalino Dávila, Jorge Robayo, Angel F. Rojas, Carlos Rodríguez, Manuel Romero S., Jorge Rubio, Nicolás Rubio V., Augusto Sacoto Arias, Carlos Salazar Flor, Humberto Salvador, Eduardo Samaniego A., Neptalí Sancho, Carlos Bolívar Sevilla, Aurelio Soto, Pablo A. Suárez, Leonardo Tejada, Enrique Terán, Tarquino Toro Navas, Carlos Toro Navas, José Vicente Trujillo, Félix Urresta, Marcos Uscocovich, Emilio Uzcátegui, Humberto Vacas Gómez, Rafael Vallejo Larrea, Agustín Vera Loor, Alfredo Vera, José María Villagómez, Carlos Vinueza, Atanasio Viteri, Miguel Angel Zambrano, Carlos Zambrano, Alfonso Zambrano.

Quito, 24 de julio de 1941.

Por dificultades materiales, por ausencia o premura de tiempo, no han podido firmar este *Mensaje* numerosos escritores y artistas ecuatorianos. Pero están en total de acuerdo con los firmantes, y unidos todos, traducen con sus palabras el genuino pensamiento del Ecuador ante el pensamiento de América.

Esperan los ecuatorianos la respuesta de los altos valores a quienes está dirigido este *Mensaje*.

Si esa respuesta ha de ser mediante comunicación postal la dirección es: *Sociedad Jurídico-Literaria*. Aptdo. 220. Quito. Ecuador.

Segundo Mensaje

Hoy, 10 de Agosto de 1941, los ecuatorianos que enviamos a los escritores y artistas de América nuestro *Mensaje* el 24 de Julio tenemos que dirigir perentoriamente nuevas frases de verdad, ante los hechos consumados en el lapso de los últimos días.

Solamente son unos quince días! Pero en ellos han corrido los acontecimientos con celeridad vertiginosa. Y nos sobrecoge hoy día esta incertidumbre: talvez al momento de llegar nuestros mensajes ante la mirada y la meditación de los altos valores continentales a quienes nos hemos dirigido, otros sucesos turbios e increíbles hayan ensombrecido y manchado la historia de América.

Nos limitaremos al recuento sumario de los hechos.

Por gestión de tres naciones amigas, Argentina, Brasil y Estados Unidos, convinieron en cesar las hostilidades el Ecuador y el Perú el día 26 de Julio, a las seis de la tarde. Cumplió el Ecuador su compromiso; obedeció su pequeño ejército las inmediatas órdenes del Gobierno y paralizó toda acción guerrera, aprestándose a llenar otras condiciones que habían sugerido los mediadores.

Mas el Perú, que contó siempre con fuerzas diez veces superiores, en número de hombres, y cien veces mayores, en material bélico, prosiguió atacando durante los días 27, 28, 29 y 30 de Julio; lo cual facilitó a las tropas peruanas la invasión al territorio del Ecuador en diferentes lugares.

La acción reiterada de los tres países mediadores y el llamamiento urgente que hicieron en esos mismos días otras naciones americanas, determinaron un nuevo compromiso del Ecuador y el Perú para cesar hostilidades el día 31 de Julio, a las seis de la tarde. Intercambiadas las comunicaciones y llenados los trámites, el Ecuador ratificó su anterior y bien cumplida promesa, ofreciendo el Perú cumplir la suya. Pero, ante el asombro del continente y de la humanidad civilizada el ejército peruano renovó y acrecentó la invasión sorpresiva y furiosa al territorio ecuatoriano, en el curso de los primeros días del mes de Agosto.

Estos son los hechos.

Con mirada atónita los están contemplando el Derecho de Gentes, y, en silenciosa y correcta formación, ocho Conferencias Panamericanas, inolvidables y solemnísimas: Washington, México, Río de Janeiro, Buenos Aires, Santiago de Chile, La Habana, Montevideo, Lima.

Han de juntarse a ellas la Conferencia de Consolidación de la Paz, en Buenos Aires, y las Reuniones Consultivas de Cancilleres, celebradas en hora reciente.

Y debe presidir el concierto, con justo título, la Unión Panamericana, con sus manos atestadas de pomposos pactos internacionales: Tratados para prevenir conflictos; Tratados de conciliación y arbitraje; Tratados de no agresión; Tratados de afianzamiento y restablecimiento de la paz; Tratados para asegurar y coordinar el cumplimiento de los convenios internacionales; Tratados sobre buenos oficios y mediación; Tratados para la prevención de las controversias. Son decenas y decenas de convenios internacionales, exornados de bellísimas frases y nobles propósitos y garantizados con la fe jurada de veintiún Repúblicas.

Tuvieron seguramente grandes finalidades. Hoy no sabemos qué será de ellas. Talvez se habrá adoptado la definición *europea* de los pactos internacionales.

No añadiremos comentarios. Nos queda la esperanza de que los directores y orientadores del pensamiento americano, los hombres representativos de la cultura, los grandes valores continentales, sobreponiéndose a los ecos de la propaganda oficial del Perú, piensen unos pocos minutos en este suceso que ha ocurrido aquí en América, en el Continente de la paz.

El Ecuador ha luchado, defendiéndose de la agresión del Perú, en la proporción de un hombre contra diez hombres. El Perú, con una superioridad armamentista de ciento a uno, y con larga e intencionada preparación bélica, que proclama y ensalza diariamente, ha destrozado poblaciones ecuatorianas indefensas, ha bombardeado ciudades abiertas, ha ocupado —después de la suspensión de hostilidades— territorio ecuatoriano. Y el Perú inunda con su propaganda las Cancillerías de América, clamando que ha sido atacado y que son los ecuatorianos los agresores, con lo cual pretende llegar a una absurda inversión de responsabilidades.

Pero los hombres que representan la cultura integral de América no desconocen, no pueden desconocer que el Ecuador, país pacifista por excelencia, ha proclamado su voluntad de aceptar—sin excluir uno solo—todos los medios de justicia internacional, para la terminación del secular problema limítrofe con el Perú.

Son hechos demasiado resonantes, y no pueden permanecer desconocidos. Para llegar a la situación de hoy, el Ecuador ha agotado la serie de proposiciones de arreglo justo, continental y humano; ha encuadrado la vida nacional sólo dentro de normas pacifistas, porque ha escuchado, siempre deferente y cordial, las sugestiones de los grandes países de América a fin de obtener, según palabras textuales, la *solución justa, definitiva y total* del último problema que subsiste en el Continente. Y así ha llegado a confrontar hoy el delito peruano de ocupación y conquista de territorios ecuatorianos, delito consumado por el Perú en infracción del supremo principio del Derecho Internacional Americano y del Derecho Universal que repudia la agresión y proscribe toda adquisición territorial mediante la fuerza.

Nuestra protesta tiene un sentido de apelación ante los valores representativos de la cultura de América. Se trata de los hombres que han de llegar a la verdad, porque tienen obligación de conocer la verdad.

Quito, 10 de agosto de 1941.

Nuevamente diremos: Los ecuatorianos esperamos respuesta.

Salidas de Virginia Woolf

(Sacadas del tan sugestivo libro: *Un cuarto propio.* Ediciones SUR. Buenos Aires. 1936)

La ira de los profesores

Por una razón o por otra, todos esos libros, (*) pensé, (contemplando la pila sobre el pupitre) me son del todo inútiles. Son inútiles científicamente, es decir, aunque humanamente abunden en enseñanzas, intrés, tedio y datos rarísimos sobre las costumbres de los isleños de Fiji. Están escritos a la luz roja de la emoción, no a la luz blanca de la verdad. Por eso debo devolverlos al pupitre central y restituir cada uno a su celda en el panal enorme. Mi único cerridumbre de esa mañana entera de trabajo era el hecho de la ira. Los profesores—así los amalgamé a todos juntos—estaban enojados. ¿Por qué (me pregunté, ya devueltos los libros) por qué (me pregunté, ya en la galería, entre las canoas prehistóricas y las palomas) por qué están enojados? Proponiéndome siempre esta pregunta, salí a buscar un sitio donde almorzar. ¿Cuál es la verdadera naturaleza de lo que por ahora llamo su ira? me pregunté. He ahí un problema que me duraría el tiempo que uno tarda para almorzar en un modesto restaurant, cerca del Museo Británico. Mi precursor había dejado en una silla la primera edición de un diario de la tarde y, esperando que me atendieran me puse a leer los títulos. Una cinta de grandes letras negras atravesaba la página. Alguien había batido un récord de cricket en Africa del Sur. Cintar menores anunciaban que Sir Austen Chamberlain estaba en Ginebra. En un sótano habían encontrado un hacha con cabellos humanos. El juez en lo civil, señor N., comentaba en el tribunal de divorcios La Desvergüenza de las Mujeres. Diseminadas en el diario había otra noticias. A una actriz de cine la habían descolgado de un cerro en California y estaba suspendida en el aire. El tiempo iba a nublarse. El visitante más fugaz de este planeta, pensé, que recogiera este diario no dejaría de enterarse, con sólo este testimonio disperso, que Inglaterra se halla bajo el poder de un patriarcado. Nadie en su sano juicio puede no percibir el dominio del profesor Suyos eran el poder y el oro y la influencia. Era el dueño del diario y su director y subdirector. Era el Ministro de Relaciones Exteriores y el Juez. Era el profesional de cricket; era el propietario de los caballos finos y de los yatchs. Era él director de la compañía que paga doscientos por ciento a sus accionistas. Dejaba millones a sociedades de beneficencia y colegios dirigidos por él. Suspendía en el aire a la actriz de cine. Decidirá si los cabellos en el hacha son humanos. Absolverá o condenará al asesino, lo ahorcará o lo dejará en libertad. Salvo el tiempo nublado, todo parece controlado por él. Sin embargo, estaba enojado. Yo sabía que estaba enojado por este signo. Cuando leí lo que escribió sobre las mujeres, no pensé en lo que estaba diciendo, sino en él. Cuando un razonador razona imparcialmente, sólo piensa en la discusión; y sus lectores no pueden dejar de pensar en la discusión. Si hubiera escrito con imparcialidad sobre la mujer, si hubiera usado palabras irrefutables para establecer su argumento y no hubiera mostrado ningún deseo de una conclusión o de otra, yo tampoco me habría enojado. Yo hubiera aceptado el hecho de que una arveja es verde o un canario color canario. Amén, yo hubiera dicho. Pero yo me había enojado porque él estaba enojado. Es absurdo, pensé, recorriendo el diario de la tarde, que esté enojado un hombre con tanto poder. ¿O es el enojo acaso, pensé, el familiar, el demonio subalterno del poder? La gente rica, por ejemplo, suele estar enojada porque sospecha que los pobres quieren apoderarse de su dinero. Los profesores, o patriarcas, como sería más exacto decirles, tal vez estén un poco enojados por eso, pero también por otras razones un poco menos públicas. Es muy posible que no estén *enojados;* con frecuencia son admirativos, devotos, ejemplares en las relaciones de la vida privada. Es muy posible que si el profesor recalcaba con algún énfasis la inferioridad de la mujer, le interesaba menos esa inferioridad que su propia superioridad. Eso es lo que él estaba protegiendo de un modo atolondrado y a gritos, porque para él era una joya de gran valor. Para ambos sexos—y los miré, abriéndose camino en la acera—la vida es ardua, difícil, una lucha perpetua. Exige coraje y fuerza gigantesca. Más que nada, criaturas de ilusión como somos, exige confianza en sí mismo. Sin esa confianza somos como niños en la cuna. ¿Y cómo elaborar con más rapidez esa imponderable calidad, que sin embargo es tan preciosa? ¿Pensando que los demás valen menos que uno? Pensando que uno tiene alguna innata superioridad sobre los demás: dinero, o rango, o la nariz recta, o el óleo de un abuelo por Romney—porque los artificios patéticos de la imaginación del hombre no tienen fin. De ahí para un patriarca que debe conquistar y gobernar, la importancia enorme de sentir que muchísima gente—medio género humano en verdad—es por naturaleza inferior a él.

(*) Libros acerca de las mujeres, del sexo femenino, o bello sexo, o de feminismo.



Virginia Woolf

(Caricatura de *Toño Salazar*)

La visión especular

...Hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada. Sin ese poder el planeta sería todavía ciénaga y selva. Faltarían las glorias de todas nuestras guerras. Todavía estaríamos garabateando formas de ciervos en despojos de huesos de carnero y canjeando pedernales por cueros de ovejas o por cualquier adorno sencillo que halagara nuestro gusto incontaminado. No hubiera habido Superhombres ni Dedos del Destino. El Tsar y el Kaiser no hubieran usado coronas ni las hubieran perdido. Los espejos, aunque tienen otros empleos en las sociedades civilizadas, son esenciales a toda acción violenta y heroica. Por esa Napoleón y Mussolini insisten con tanto énfasis en la inferioridad de las mujeres, porque si ellas no fueran inferiores, ellos no serían superiores. Eso en parte explica lo necesarias que son las mujeres al hombre. Y también explica lo nerviosos que éstos se ponen bajo la crítica de aquéllas; la imposibilidad de que una mujer opine que tal libro es malo, o tal cuadro es flojo, sin provocar más resentimiento y más ira que si opinara un hombre. Pues si ella quiere decir la verdad, la imagen del espejo se encoge; su capacidad vital disminuye. ¿Cómo puede seguir haciendo justicia, educando salvajes, dictando leyes, escribiendo libros, vistiendo de etiqueta y discurseando en banquetes, si no se puede ver a sí mismo en las horas del almuerzo y de la comida, agrandado dos veces? Así reflexionaba yo, desmenuzando el pan y revolviendo el café y de vez en cuando mirando la gente en la calle. La visión especular es muy importante porque enriquece la vitalidad y estimula el sistema nervioso. Suprimanla y el hombre se puede morir, como el cocainómano privado de cocaína. Bajo el poderío de esa ilusión, (pensé, mirando por la ventana) la mitad de la gente de la calle va a su trabajo. De mañana se ponen el sombrero y el abrigo bajo sus agradables rayos. Empiezan alentados el día, creyendose deseados e indispensables en la tertulia de Miss Smith; se dicen al entrar en la sala: soy superior a la mitad de los presentes, y por eso hablan con esa confianza, con ese aplomo, que ha tenido tan hondas consecuencias en la vida pública y conducen a notas tan curiosas al margen de la mente privada.

Dos sexos, dos poderes

Hay un instinto profundo, aunque irracional, en pro de la teoría de que la unión del hombre y de la mujer procura la mayor satisfección, la felicidad más completa. Pero la vista de las dos personas subiendo al taxi y la satisfacción que me dió, hizo que me preguntara también si no habría dos sexos en espíritu correspondientes a los dos en el cuerpo, y si no sería peciso juntarlos para lograr completa satisfacción y felicidad. Y me puse a delinear de cualquier manera un plano del alma, en el que dos poderes presidían, uno varón y otro hembra; y en el cerebro del hombre el varón predomina, y en el de la mujer la hembra. El estado normal y placentero, es cuando estan en armonía los dos, colaborando espiritualmente. Hasta en un hombre, la parte femenina del cerebro debe ejercer influencia; y tampoco la mujer debe rehuir contacto con el hombre que hay en ella. Esa tal vez fue la intención de Coleridge cuando dijo que una gran inteligencia es andrógina. Cuando se opera esa fusión, la mente queda fecundada plenamente y dirige todas sus facultades. Quizá una mente del todo masculina no puede crear, así como tampoco una mente del todo femenina, pensé. Pero convendría saber lo que se entiende por mujeril viril, e inversamente por viril mujeril, deteniéndose a revisar un libro o dos.

(Pasa a la página 256)

"Alas en fuga"

(En el *Rep. Amer.*)



Julián Marchena
(1941)

LAS más de estas páginas de *Alas en Fuga* han creado ante mis ojos lienzos, acuarelas, miniaturas colgando de los muros de un vasto boudoir de amores idos.

No hay en este libro otra fecha que la del colofón. Mas puede leerse por la estructura de muchos de los poemas en el volumen contenidos que espiritualmente pertenecen a los bellos días en que la forma del poema o de la prosa era porción esencial de su sentido. Porque ritmo y cadencia y rima, suscitando la emoción, agregan a su pensamiento central.

Tales fueron los modelos de poesía de los últimos veinticinco años del siglo XIX y los primeros quince del presente.

Por su factura, pues; por el sincero culto de la perfección de la estrofa, este libro de Julián Marchena, con la excepción de los tres últimos poemas, caben en la urna que contiene la graciosa antología de los sonetistas de aquellos privilegiados cuarenta años.

Aquí también hay una copiosa colección de sonetos, algunos de los cuales son de raro valor artístico. El primero, por ejemplo, posee la firmeza de un fruto en sazón, y el cuarto es una acuarela graciosa y fina. La última estancia de *El Toro* contiene un hallazgo realmente poético, el último verso: "lanza la ronca 'u' de su mugido—cual si soplara por sus propios cuernos." El soneto *Una vida* es de una punzante melancolía. No hay en esa mujer ni la más débil protesta, como si no se diese cuenta de que para ella también había una ventana siempre abierta, como para cada uno de nosotros en la tierra.

Aquí y allá algún recuerdo clásico tiñe de luz antigua una estancia como el *non omnis moriar* de Horacio cuando en *Inmortal* dice "no todo ha de morir cuando la fosa...", o como cuando en *Vuelo supremo* dice "quiero vivir la vida aventurera...", que trae a la mente, por contraste, el *Vorrei morire* de Stecchetti.

En *Interior* la poética reflexión vuela con alas que han mojado su puntas en aguas obscuras de melancolía, que, sin embargo, encuentra al final valerosa voz de esperanza. En *Viajar, viajar*... el descontento triunfa acompañado del deseo de escaparse de sí mismo.

Hay un dejo de sabor de adelfa en muchos de los poemas de Julián. En ninguno de ellos, con la excepción quizás de *Lágrimas frescas*, se hace el poeta expansivo, y pormenoriza las causas de su dolor o su añoranza.

Se inclina uno a creer que en realidad ha soñado sin haber vivido tanto, o como lo dice él: "de pronto, me invade la certeza—de haber soñado sin haber vivido." Está seguro de la inmortalidad del polvo que él habrá de ser algún día; cierto está de que ese polvo subsistirá en formas varias cuando lo recoja el alfarero. Otra inmortalidad parece no interesarle. Está convencido de lo efímero de las cosas y su tránsito le deja el invariable sedimento de tristeza. Dícele a su amada "Tú sólo por instantes fuiste mía." Todas las amadas sólo por instantes saben y quieren ser nuestras. Pero el poeta no ha querido darse cuenta de que, a pesar de su promesa, el también sólo por instantes sabe ser de la amada. El mundo sonríe con incredulidad de una pasión durable. Los más juzgan que saben del amor; pero los más, también, tienen miedo de conocer las tempestades del amor y se contentan con respirar la flor de los deseos.

En este libro se encuentran numerosas frases felices, ya por la sugerencia, ya por la vívida imagen, como cuando habla del "libro de estampas del recuerdo", o como cuando dice "...se siente sola como una calle de domingo." En ocasiones se experimenta una emoción dulce y distante, la de una cosa distante que se nos hace presente.

En la última sección de este volumen se descubre un diverso aspecto del poeta. Es la misma sensibilidad, el mismo anhelo de perfección; pero estos poemas se han escrito con un mayor sentido de humanidad. Ha encontrado la poética belleza de esa amada del campesino que es la carreta. Su *Romance de las Carretas* está compenetrado de un sentimiento y de una visión de las cosas de su tierra. Ha sabido mirar la carreta en su sentido social, sin perder un rasgo que pudiera enalzar la poesía de esa cantante amada del campesino. Este Romance debería enseñarse de memoria en todas nuestras escuelas rurales.

En su *Sonata de Amor* hay estancias de madrigal hispano y de elegía latina. Y en el *Poema del Minero* aparece lo humano social, que es la nota nueva en los poemas de Julián Marchena. Se halla aquí un eco de Manuel Ugarte. Mas quiera la buena fortuna de las Letras del país que esta nota se acentúe en la obra que tiene que cumplir este autor de *Alas en Fuga*.

R. BRENES MESÉN

Costa Rica, agosto de 1941.

Chuang-Tzé, el dialéctico chino

(En el *Rep. Amer.*)

Se ha llamado a Chuang-Tze (1) el Aristóteles de China y el símil no es desacertado, entre otras razones por aquella de ser ambos continuadores y perfeccionadores de una escuela o una doctrina que otros iniciaron. Así como Aristóteles fué el discípulo de Platon, quien a su vez lo había sido de Sócrates, también Chuang-Tzé es el continuador del gran sabio Lao-Tzé, en quien muchos no ven sino un admirable discípulo del semi-misterioso y olvidado Yang-Chú. Hay todavía otros puntos de contacto entre el filósofo griego y el moralista chino: la riqueza estilística prodigiosa, la fecundidad literaria, la omnisciencia, la tendencia a las vastas generalizaciones y a la totalización, etc. Pero las semejanzas son sólo exteriores; la médula ideológica, el contenido doctrinario de uno y otro son tan diversos y distantes como la latitud geográfica misma en que ambos vivieron.

Chuang-Tzé vivió en el filo de los siglos IV y III A. C., es decir en la época que ha sido llamada el *Período Feudal* o la *Edad Media* de China. El poder imperial vacilaba en las débiles manos de la Dinastía Chou, confinada en un pequeño estado mientras a su alrededor florecían reinos y principados en armas, bajo el mando de duques ambiciosos, príncipes guerreros y ministros intrigantes. En la misma era *feudal*, aunque tres siglos antes, vivieron también los grandes filósofos: Confucio, Mencio y Lao-Tzé. La vida de todos ellos, especialmente la del "sabio Kung" (2), se desenvolvió en medio de las intrigas y guerras (de ópera-cómica algunas de ellas) de los ducados y principados vecinos al estado de Chou.

Chuang-Tzé inició su enseñanza desde muy joven y alcanzó rápidamente un enorme prestigio. Tuvo la modestia y la sinceridad de declarar siempre que no era sino un continuador de la doctrina del *Gran Camino* o *Tao* predicada por Lao Tzé. Afirmación es ésta que sólo contiene una verdad a medias, pues la crítica ha mostrado posteriormente innumerables temas perfectamente originales y novedosos en su enseñanza. El fué uno de esos discípulos que desarrollan una idea o un sistema y los llevan hasta límites que el fundador no hubiera jamás imaginado, orquestándolos, amplificándolos y enriqueciéndolos con múltiples aportes y matices. Su actitud ante la vida, fué, sin duda, calcada sobre los moldes de Lao: cuéntase que el Príncipe Wei, del estado de Ch'u, (338-327 A. C.) informado de la inteligencia y el saber de Chuang-Tzé, envió a uno de sus consejeros para ofrecer al filósofo el cargo de Primer Ministro de su reino. He aquí la respuesta, tal cual habría sido literalmente transcrita por el historiador Ssu-Ma-chien, autor de una *Biografía* de Chuang-Tzé: "Señor, Vos me ofrecéis, sin duda, una elevada posición y una enorme riqueza... Pero, ¿no habéis visto nunca por acaso, un buey de sacrificio? Cuando el privilegiado animal, después de haber sido engordado durante varios años, es conducido al altar, adornado de joyas y cubierto de sedas y brocados, ¿no creéis que cambiaría de buena gana su sitio por el del más humilde buey de los campos? Marcháos... Decid a Vuestro Señor que yo deseo continuar siendo libre y seguir mis propias inclinaciones en el anonimato, antes que ser el esclavo de un jefe de Estado... Marcháos..!"

Esta anécdota basta para retratar al hombre, al *taoista* cien por ciento, el seguidor del *Gran Camino*. Confucio, por supuesto hubiera procedido de manera opuesta: él pasó su vida entera esperando ofrecimientos de esta clase que nunca llegaban. Mas no se crea que Confucio procedía así por mezquino afán de poder o por mera vanagloria. Nó. El quería poder aplicar su sistema y sus doctrinas en una gran campo experimental hu-

(1). Pronúnciese "Chwong-Zá".
(2) "Kung-Fu-Hsiú", occidentalizado como "Confucius".

mano y social. Aquí encontramos una de las grandes diferencias entre el Taoísmo y el Confucianismo: éste se preocupa ante todo de las cosas de este mundo, de la jerarquización y el orden de la sociedad, la familia y el Estado, desentendiéndose completamente del "otro mundo", del Más Allá. Ya hemos analizado este tema en nuestro artículo *Confucio y el Humanismo en China.* El Taoísmo, en cambio, desdeña todo lo concerniente a la existencia terrenal y busca la identificación del individuo con el Gran Todo, el retorno a la Unidad cósmica, la fusión del ser en la Naturaleza y por intermedio de ella, en Dios. En el Confucianismo no hay dioses, mientras que en el Taoísmo sí los hay.

Pero, dejando de lado estas consideraciones que nos apartan de nuestro tema, ocupémonos ahora de Chuang-Tzé, el primero y más grande dialéctico de toda la cultura oriental. Los libros de Chuang abarcan más de cien mil palabras (3) y son de carácter predominantemente alegórico: *El viejo pescador, El Ladrón Ché, Abriendo cofres* (obra de duro ataque a las doctrinas de Confucio), *Wei Lei-Hsu, Keng Sang Tzú,* etc. Difícil resulta compendiar en un artículo los múltiples aspectos de una filosofía tan amplia y tan profunda como ésta: habría que reproducir a cada momento, trozos magníficos de pensamientos que parecen tallados en duro y transparente jade, como las gemas imperiales del país. Chuang es un místico, un idealista en cuyo pensamiento podemos señalar una media docena de grandes meridianos y paralelos, que nos sirven para levantar la carta de su sistema. Chuang sostiene la relatividad de todas las cosas y la identidad de los contrarios, la unidad del cosmos, el común origen de todas las almas, la intercurrencia y continuidad entre los fenómenos de vida y muerte que sólo se diferencia en exterioridades, la inutilidad de todo afán, etc.

"El perfecto hombre ignora el *mío,* el hombre divino ignora la *acción,* el verdadero sabio ignora la *reputación*", dice en uno de sus libros. Y en otros, cuenta una parábola del Emperador Yao (4) quien quiso abdicar su trono en favor de un humilde ermitaño, el que rechazó el ofrecimiento con estas palabras: "La reputación y la gloria son sólo la *sombra* de la realidad". Chuang cree en el espacio infinito y en el tiempo infinito, conceptos que desarrolla con una hondura aterradora. De allí pasa a la relatividad de las dimensiones, tanto en lo físico como en lo moral, concluyendo lógicamente en la inutilidad de todo lo que parece útil. Afirma que las oposiciones conceptuales sólo nacen de nuestro subjetivismo y, probando enseguida que lo subjetivo y lo objetivo no son sino uno mismo, elimina las diferencias entre los *contrarios.* "Lo objetivo emana de lo subjetivo, en consecuencia, son idénticos. Cuando el uno nace el otro muere. Cuando uno es posible, el otro es imposible. Cuando uno es afirmativo el otro es negativo. Por lo cual, el verdadero sabio, rechaza toda distinción entre esto y aquello, busca refugio en Dios y se coloca a sí mismo, en relación *subjetiva* con todas las cosas". Esto es lo que él llama "sepultarse a sí mismo". Cuando toda distinción entre lo real y lo subjetivo ha sido eliminada, el filósofo se ha colocado "en el eje de Tao", allí donde "todos los Infinitos convergen y lo positivo y lo negativo se funden en lo *Uno*". La vida es demasiado corta, de modo que la sabiduría absoluta es inalcanzable, la muerte es una liberación y el alma, que se nutre del Todo, es inmortal. La virtud del sabio ha de ser más bien pasiva que activa. Lo importante es el *ser* y no el *hacer.* Hay que eliminar el *yo* para alcanzar el Tao. La verdadera libertad se obtiene mediante la armonía con la Naturaleza. Para el sabio el *uno* y el *no uno* son siempre *uno.* Antes que el Cielo y la Tierra existieran, *Tao* existía. Para Tao, el zenit no está alto ni el Nadir bajo, ningún lapso de tiempo es pasado ni ningún plazo lo hace envejecer. No existe en lenguas occidentales ninguna palabra que pueda explicar el significado de *Tao.* Su traducción por *camino* es meramente convencional y exterior.

Chuang-Tzé, como Heráclito, con el cual tiene múltiples semejanzas, es un panteísta. Para ambos "el alma es una emanación de la Divinidad". Ambos aceptan la inmanencia del *Principio eterno* en todo cuanto existe, ambos exponen el movimiento dialéctico de cuanto acontece, ambos creen en la identidad de los contrarios y en la relatividad del tiempo-espacio. Pero Heráclito no es un místico en tanto que Chuang-Tzé sí lo es. El puede colocarse a la cabeza de una cadena de pensadores que pasaría por Platon, Dionisio el Aeropagita, Maese Eckardt en el siglo XIII, Jacobo Bohme en el siglo XVI y que terminaría con Hegel en la edad contemporánea.

Durante la Dinastía Han, hubo Emperadores que aspiraron a gobernar por la *inacción* como Lao y Chang-Tzé lo aconsejaban. Ellos no aceptaban tampoco distinción entre el *bien* y el *mal.* Chuang afirma en uno de sus libros que lo *bueno* y lo *malo* absoluto, no existen, que todo es bueno y malo a la vez e indistintamente y que la Naturaleza no reconoce tal distinción. Hay atisbos y reflexiones netamente *freudianas* en sus libros *Nutrición del Alma, El Hombre entre los Hombres* y *La Evidencia de la Completa Virtud.*

La glorificación de Chuang Tzé, se verificó durante la Dinastía Chin, (265-420 D. C.), cuyos *scholars* y eruditos pusieron a luz las inmortales enseñanzas del sabio. Lao Tzé fué un profeta y un santo, en la verdadera acepción de ambas palabras. Chuang-Tzé no lo fué ni aspiró a serlo. Se le puede definir simplemente como un moralista, o como un reformador social. En este sentido, la figura que más se le asemeja en la cultura occidental es la de Sócrates. La suprema sabiduría o *Tao,* según Chuang-Tzé, no se alcanza "por el conocimiento", sino por "la ausencia de conocimiento". (5). Citemos, para terminar, este trozo magnífico de su obra *El Conocimiento viaja hacia el Norte,* que parece contener ya las verdades que Claude Bernard, Lavoisier y Pasteur alumbraron el siglo XIX:

"La vida sigue a la muerte. La muerte es el comienzo de la vida. ¿Quién sabe cuando se alcanza el final? La vida del hombre resulta de la convergencia del fluído vital. Esa convergencia es vida; su dispersión, muerte. ¿Si vida y muerte no son sino estados consecutivos de lo mismo, por qué pues quejarnos? Todas las cosas son sólo Una. Lo que nosotros amamos es la animación y lo que odiamos es la corrupción o desintegración. Pero, ésta, a su vez, se transforma en animación y de nuevo está en corrupción".

He aquí una sentencia que pudo servir de epígrafe al libro del Marcel Prenant sobre biología y materialismo dialéctico, que tanta difusión tuvo entre nosotros, hace unos meses.

JUAN MARÍN

Shanghai, marzo de 1941.

(3) La obra completa de Lao-Tzé sólo abarca cinco mil palabras.

(4) Uno de los Emperadores místicos de China, de la llamada "Edad de Oro", considerada la más sabia y más justa del Imperio. Confucio en sus libros constantemente alude también a este Emperador.

(5) Recuérdese el "sólo sé que nada sé" socrático.

A propósito de Agustín Bartra

Selecciones del "Arbol de Fuego"

San José de Costa Rica, 7 de julio de 1941.

Estimado don Joaquín:

Habiendo sido el *Repertorio* el instrumento por el cual encontré otra vez a un amigo muy querido, siento el impulso de dar a conocer en él la personalidad de ese amigo, Agustín Bartra, joven pero genuino poeta.

En el *Repertorio* de noviembre pasado súbitamente descubrí una poesía de Bartra, que le había llegado a través de la oficina de Cooperación Intelectual en Washington, con la indicación de que Bartra estaba en Ciudad Trujillo. Inmediatamente le escribí. Entre tanto, Bartra con quien habíamos correspondido mientras que él estaba en el Campo de Concentración de Argeles sur Mer y yo en París, estaba buscando contacto conmigo a través de la Legación de Santo Domingo en Centro América. Me dice: "Encuentro más perfecto haberlo encontrado por mediación de un poema que no por una gestión burocrática oficial."

Bartra está ahora en México. Estoy convencido que esa tierra con su gente tan recia como lo son los campesinos catalanes, va a inspirar a Bartra nuevas poesías profundamente humanas.

En su paso por Santo Domingo, Bartra publicó una colección de poesías allá, *El Arbol de Fuego*, en el cual se manifiesta una vez más aquella facultad suya que más admiré durante las muchas horas que pasamos juntos en Barcelona: la facultad de expresar insuperablemente cualquier idea. El mismo tradujo sus poesías del catalán.

Muchas veces, sentados en un pequeño café del Paseo Pi Margall en Barcelona, le contaba yo a Bartra casos psicológicos tratados por mí. Le analicé los sentimientos de mis consultantes con todo detalle hasta que, al fin de 10 ó 15 minutos, Bartra súbitamente salió con una expresión corta que resumía inimitablemente el problema psíquico que yo le había expuesto.

Nos habíamos encontrado en 1933, a base de un anuncio mío, ofreciendo clases de inglés a cambio de clases de castellano. No llegamos más que a dos clases de inglés; nos dolía pasar el tiempo que teníamos juntos con estudios tan "terre â terre". Frecuentemente, sin embargo, traducía yo para Bartra a Rainer María Rilke, con quien tiene mucho parentesco psíquico, o a Thomas Mann, otro artista de la expresión.

La Guerra Civil española hizo un soldado de Bartra. Tenía 30 años. Matar en vez de crear era muy ajeno al alma del poeta, a pesar de sentir la causa del pueblo y de su Cataluña con máxima intensidad. Trabajando en oficinas militares o en las trincheras, Bartra era ante todo poeta. Sus poesías *Molts* ("Muchos", en la que los soldados muertos o enterrados ayudan aun a su patria empujando las plantas de abajo con su palma abierta para que crezcan más rápidamente) y *Elles* ("Ellas", que describe los sentimientos de las mujeres en una estación, después de la salida de un tren al frente, llevando sus hombres), son joyas auténticas de la poesía de guerra de todo el mundo.

Puesto que me parece que la facultad de expresión es la que distingue al poeta, me limito a mandarle, en las hojas que incluyo, una selección de "expresiones" del *Arbol de Fuego*.

Espero que en México se publicará *Tierra Dividida*, otra colección de poesías que tiene lista Bartra. En estos tiempos, cuando la guerra está dividida en innumerables unidades egocéntricas y hostiles, es un alivio ver a los poetas co-luchar con los psicólogos adlerianos para crear una comprensión de que la cooperación es la mejor manera de vivir.

Muy sinceramente suyo,

ANTONIO BRUCK

—o—

EN RAPSODIAS A UN SOLDADO MUERTO:

El ángel de la tierra:

He oído el redoblar de muerte repentina
de tu cuerpo contra el tambor de la tierra

Los cipreses:

No podemos llorarte hojas
pero nos juntamos en muralla
para protegerte del ataúd negro
y del mármol de una lápida...
Cada uno será una lanza
dentro de la tarde morada.

Las enlutadas:

Para siempre tendrás boca de piedra,
para siempre te es inútil el aire.
Para siempre barca varada,
para siempre uva exprimida...
Por las rutas alucinadas
vamos dejando rastros
de certezas amargas,
sembrando rictus indelebles
y apoteosis de crespones...
Han desgarrado los crepúsculos
los vientos delirantes...
Ya es inútil buscar iris
en la ausencia de tus ojos...
Te traemos...
suspiros de núbiles grávidas de tristeza.

La hierba:

Y en la roca de tu pecho
¡ay! qué fuente de claveles
ha secado la muerte!

El ángel de la tierra:

Permaneces "¡firmes!" *en la inmortalidad [de la patria.*
invencible en la honda memoria del co- [razón.

EN VOZ DE LA NOCHE:

He callado demasiado...
He de hablar como quien escupe un negro vómito de sangre
o como si lanzara una piedra iracunda contra el espejo de la felicidad.
Ningún río de leones y plomo podría ahogar mi voz de puño crispado.
Quiero hablar a todo lo que canta y brilla y ríe en este mundo.
He de decirme!

A vosotros hablo, indiferentes lejanos,
vidas blancas y plácidas que habitáis ciudades y pueblos sin círculos de hierro y fuego
Estáis rodeados de primaveras y cubiertos de cielos tranquilos,
pero me clavaré como una flecha en vuestras espaldas glaciales,
caeré dentro de los nidos tibios de los regazos de vuestras mujeres
y haré bailar una sombra de harapos en los muros intactos de vuestras casas.
Es preciso que sepáis de mí, de nosotros.
Que os lance la soledad de millones como yo...
Hombres que caminamos con ruido de cantimplora vacía al costado
y soportamos metrallas persistentes.
Sobre la tierra dura hemos dormido meses y meses sin ver el cielo estrellado,
indiferentes al nacimiento de los astros y al milagro del alba...
Qué sabéis del beso dado ante partidas definitivas,
de vivir diez muertes cada día,
de este querer abrazar la mariposa del instante como si fuera una columna?
¿Qué sabéis vosotros de este orgullo nuestro de fango rebelde con estremecimiento de ala?

EN PAVILLON T1. ALBA:

¿Por qué esta dulzura de rosas trémulas sobre nuestra sucia realidad dormida?
¿Por qué este aéreo florecer cubriendo el río domesticado donde flotan los frutos [podridos de nuestras existencias?

EN PALABRAS DE HOMBRE:

He aquí que caigo arrodillado con un infinito anhelo de hablarte
en este silencio de negros presagios,
en esta espera final que te abre una agonía diferente en cada ojo...
Nunca como ahora había advertido que hablarte es hablarme...
Tú sabes que ya no existen dioses por los cuales combatir,
que en los mataderos no se mana sino que se es sacrificado...
¡Qué te importan las grandes verdades que gritan los palacios y parlamentos!
Tú no comprendes nada de la arquitectura del odio.

EN NO SABRIA DECIRTE:

Todo estaba dispuesto desde siempre para recibirte,
tú que hubieras podido no llegar nunca,
tú que hubieras podido no pasar de ser anhelo
y larga ausencia de luz.

EN YO NO ESTOY AQUI AHORA:

Yo no estoy aquí ahora,
en este café inhóspito, cerca de este idiota que sonríe porque tiene buenas cartas en
[la mano.
Yo no tengo nada que ver con la fría dureza de las mesas de mármol,
como tampoco soy aquél cuya imagen se refleja en el espejo del msotrador, entre botellas...
Yo estoy contigo aún.

EN EL HIJO EN EL FRENTE:

Aquel día cerraste la puerta como siempre y como nunca...
Sin ti mis días pasan lentos, como bestias exhaustas.
Con el negro martillo de las esperas clavo en las paredes desnudas del tiempo
las imágenes de tu recuerdo encendido.
Siento el aire de tu dulce sonrisa luminosa en cada nueva arruga de mi rostro.
Y con mi voz de ceniza dispersa lamo al bronce alto de tu vida...
Te veo entre millares, entre millones, individual y anónimo fragmento de historia
[en marcha, hijo mío.
Descansas, niño y titán, como una hoja caída y como una montaña.
Cerca de ti, encima de la espiga de luna de tu bayoneta, luce la mariposa de la libertad.

Figuras literarias: El pirata

(En el *Rep. Amer.*)

El romanticismo ha conocido una devoción, un culto. Ha reconocido un ídolo: el pirata. Es claro que el pirata es un gran solitario que desde su isla en marcha contempla el resto del mundo como un inmenso botín. Creo que lo que le caracteriza esencialmente es la ambición. Su ansia desmedida—sin medida y sin razón—de posesión, de dominio. Su ansia indefinida e infinita: por eso, su ansiedad. Como que la satisfacción del ansia cumplida sobreviene de acotar un territorio del mundo, un fragmento con forma propia de botín y obtenerlo. Racionamiento del botín, razonamiento del propósito, táctica razonada.

Sus deseos son tan vehementes que le lanzan hacia atrás: la fuerza que le impulsa choca contra el muro de piedra de las cosas y le bota desde él. Les bota a él y a su nave lejos del mundo. Y ahí está sobre su fragmento de mundo flotante, contemplando con ojos de nostalgia su imposible botín. El pirata ante la imposibilidad de agarrar el mundo con su mano se retira a espiarle, a soñarle desde sus líquidos rincones. Como el monje opuesto a saciar su personal deseo, el pirata se retira a su celda de paredes azules. La Europa tonta del siglo pasado se entusiasma con su hijo el pirata,, nostálgico, ambicioso, irracional como el romanticismo. Pero es que además reconoce en él un asceta más, un asceta a su modo, un huído, un renunciante como el caballero andante y el pícaro, como el bandido generoso y el contrabandista valiente. Por eso, el pirata es un personaje de *Carmen*, es un héroe más de la españolada.

El firmamento y el océano son su suelo y su techo. Son también paredes. El pirata ha elegido su celda, inmensa pero celda. Ha quemado en su intención las playas y los puertos: se ha prohibido a sí mismo desembarcar. La libertad, pues—"es mi Dios la libertad"—no existe. Se proclama ateo y al deificar la libertad eleva sobre su conciencia un dios que él mismo acaba de asesinar: la libertad de andar por el mundo. Andar sobre las aguas es justamente no-andar. Navegar crónicamente es no vivir, porque el hombre es un animal de tierra hecho de tierra en Adán y se volverá tierra y no agua. El pirata es un prisionero de sí mismo. Está en medio del mar sin libertad y sin Dios. Sin posesión alguna—"es mi barco, mi tesoro"—porque su barco es sólo un don-castigo y don de andar por las aguas sin hundirse. Más le valiera hundirse, pero Dios le sostiene sobre ese infierno líquido sin orillas en donde la soledad es incontable como las gotas de agua y las horas carecen de dimensiones.

El viento—instinto de la tierra—da manotazos a las velas. El instinto pone al pirata vertical o le inclina sobre las cuerdas y timones o le pone boca arriba sobre las tablas de la cubierta, cadáver que respira, cara a las estrellas. El instinto gobierna a la nave y al pirata. La nave va y viene indiferente a los puntos cardinales. "En la loma gime el viento". Su libertad le inmoviliza. Su libertad infinita le ha convertido en cosa. Libertad, la más embustera de todas las sirenas. Los lúcidos habitantes de las estrellas, más arriba del viento y de las velas, le apedrean burlescos y crueles con la luz multimillonaria de sus miradas pálidas, en que arde la ironía.

El pirata es mucho menos simpático que el bandido generoso, el que se tomaba la justicia —la justicia divina que hay que dejar en manos de Dios—por su mano. Porque el bandido generoso vive en la altiva sierra, tierra al fin, culminación de la tierra. El bandido cree en la Virgen del Carmen y la lleva en el pecho, como el caballero lleva a Dulcinea. Traga-salivas, mastica-oraciones y esculpe-blasfemias, el bandido generoso vive como esa alimaña magnífica, el lobo, beatificada por el hermano Francisco de Asís. El pirata es un lobo sin redimir, hermanastro de los hombres, terrorista del agua. El ermitaño va para santo, a fuerza de ayunos y el caballero va para cuerdo, a fuerza de palos. El bandido generoso va para preso que es un modo como otro cualquiera de arrepentirse y quedar convicto y absuelto. Hasta el pícaro va para rico y poderoso y podrá convertirse y reconciliarse con la sociedad de los hombres si sigue suelto de mano como era suelto de lengua. El pirata es irredimible y si aspira a algo, aspira a náufrago distinguido. Va vestido de luces a cantar en el gran ruedo del océano su letanía insensata. Se ha caracterizado de Douglas Fairbanks para salir a cantar alguna romanza de película en tiempo de vals, con letra de Espronceda.

JOSE LUIS S. TRINCADO

Caracas, 1940.

Los libros y el poder de la evocación

(En el *Rep. Amer.*)

Para don *Joaquín García Monge*.
Dación perfecta en su vida admirable.

"¿Es posible que leyendo un libro podamos regocijarnos, no ya con formas y colores, como hace la naturaleza en sus buenos momentos, sino con los menudos signos que nos presta el lenguaje? Esos signos evocan en nosotros imágenes divinas. ¡Ahí está el milagro!"

Son aquellos autores cuyos nombres amados, despiertan en nosotros, al mágico poder de evocación, la llama del ensueño. Es Renán, que nos habla de su infancia; es Goethe, que nos transporta a un recodo de la medioeval y romántica Wetzlar; es María Bashkirtseff, en las noches plateadas de la Costa Azul. ¡Oh bahía de Niza! ¡Oh golfo de Cannes!

Son las ondas del Danubio, "con manso ruído de agua corriente y clara" que nos canta Garcilaso; es el frescor de la selva de Sakuntala; es la belleza de los cedros del Líbano en la Biblia; o, brumas remotas, de mares nórdicos en Pierre Loti; es la mansión blanca del Tasso que nos describe Lamartine suspendida como un nido de cisne en la cima de un acantilado de roca gualda... Son las obras ¡maestras, todas! del ingenio humano, que despiertan en nosotros el divino poder de evocación. Son los acordes majestuosos del Viernes Santo de Parsifal; es el rumor de los árboles y el cabrillear de la luna en la Sonata de Beethoven; los lienzos de Bastien-Lepage, donde una vaca muge "distante y lenta"; son los *Pilletes* de María Bashkirtseff, que marcan, imaginaria, una ruta interrogante bajo aquellos zapatitos rotos. Es Rusiñol en la sombría ensoñación de sus jardines... Es Zuloaga, en sus retratos magistrales. Es Daudet, que bajo el oro del sol de sus domingos nos transporta a un luminoso y sencillo rincón de la amada Francia; o Valera, o Pérez Galdós, que nos introducen a la suprema sencillez del alma española, mística y pagana...

Yo nací a la orilla de un mar sombrío, de rocas escarpadas, batidas siempre por las tormen-

tas,—nos cuenta aquel dulce ironista que vió la luz del mundo en Treguier de la Bretaña.—"Allí apenas se conoce el sol; allí las nubes parecen sin color y la misma alegría es algo triste. Yo oí cuando era niño, las canciones de los viajes polares; fuí arrullado al recuerdo de los témpanos flotantes de los piélagos bcumosos y blancos como la leche, de las islas pobladas de aves que cantaban a sus horas y que alzando el vuelo en bandada oscurecían el cielo"...

El poeta es un evocador; todo creador de belleza es evocador,—lo dijo en los jardines de Epicuro M. Anatole France—y cuando les comprendemos somos tan poetas y tan creadores de belleza como ellos.

Sn el *Péleas et Melisande,* sentimos, con Maeterlinck, prolongarse siniestras sombras... o, en Mistral, las frescas hojas de los racimos de la Crau... o en el libro de Dzyan, bebemos los misterios de la Vida... Y, siempre la misma interrogante se alza antes nosotros y un complejo interno nos tortura... ¡Somos Dioses! pero dioses limitados, ¡tremendamente limitados! Desde el fondo de nuestra alma se alza un grito que se pierde en el vacío. Es el mismo grito de Delmira Agustini: "¿No habéis sentido dentro una estrella dormida que os abrazaba enteros y no daba un fulgor?...

Es un *Aire Divino* de Pardo García: Cómo te siento en mí, temblor de altura.

AMALIA DE SOTELA

Costa Rica y agosto del 41.

Advertencia

Apreciado colaborador y amigo:

Los escritos breves hallan más lectores y se publicarían más pronto. El poco espacio de que en realidad disponemos, y no siendo ahora las ediciones tan frecuentes como antes, nos obliga a retrasar —lo que nos apena— la publicación de los trabajos extensos (los que ocupen más de dos páginas de este semanario).

En lo sucesivo, mándenos, pues, escrituras cortas. Es consejo que le da una ya larga experiencia en el Rep. Amer.

Mayo de 1941.

Respuestas

(En el *Rep. Amer.*—Las preguntas son de la Srta. Carmen Gamboa E., maestra normal recién graduada).

I. ¿Que le indujo a escribir cuentos?

—Cuando cursaba el Segundo Año Normal en el Colegio Superior de Señoritas en el año 1913 y hacía estudios de Pedagogía, de Psicología y de Literatura Infantil, comprendí que en el ambiente popular guanacasteco, de donde procedía yo, había suficiente material para ser empleado en las aulas en los ejercicios de narración. Este material lo constituían los cuentos escuchados en el amplio corredor de la casa paterna, en el patio de los ranchos vecinos durante las velas de Santos, y que conservé vivos en la mente y en el corazón. Recordé las delicias de mi espíritu al escuchar esos cuentos a la luz de la luna sentados en el zacate; conservé vivo el recuerdo de mi fe en la existencia de los mil seres fantásticos que hasta se vuelven familiares en esa edad.

Al estudiar las asignaturas dichas comprendí el valor pedagógico de tales historietas, máxime por llevar un matiz regional. Leí más tarde a Fernán Caballero, a Andersen, los hermanos Grimm, Anatole France y otros, afirmándose mi idea de conservar para otros niños lo que había constituido el delicioso alimento de mi espíritu infantil de aldeana guanacasteca, en donde las clarísimas noches de verano invitan a la narración estimulando la fantasía.

II. ¿Cuál es su mejor cuento según su opinión y por qué?

—Todos los cuentos que he publicado los he narrado antes a los niños, porque ellos son los mejores jueces; después del cuento hay comentarios entre ellos, discusiones, deseos de imitación, brotes de sentimientos generosos, protestas por el proceder injusto de algún personaje, entusiastas manifestaciones de aprobación por el castigo de un culpable, etc.; es decir, todo un conjunto de actividades de la psiquis, provocadas por la historieta escuchada con la más perfecta atención, hija de gran interés que les despierta fenómenos que abren la puerta al aprendizaje del individuo modelando el yo espiritual.

Tales virtudes las he encontrado siempre al narrar el cuento titulado *Los niños sin mamá.*

Evito contarlo porque es un cuento triste, pero los pequeños lo piden y... hay que ver sus caritas dulces emocionadas, seguir el curso del relato en el más profundo silencio. Y el amor hacia la madre tierna se agranda, se sutiliza.

III. ¿Qué criterio tiene Ud. sobre la utilidad educativa de los cuentos?

—Nada causa a los niños más placer que escuchar un cuento; lo prefieren así, en vez de leerlo, sin duda porque los gestos y la voz del narrador dan más vida y claridad a las imágenes. Y aquí le cuento de paso que algunos maestros de por acá establecimos la "Hora del cuento" a las seis de la tarde. Algunas veces la lluvia continua nos ponía a pensar que no habría asistencia de los pequeños; pero nada de eso, ellos mismos nos iban a llamar así bajo la lluvia para tener la dicha de oír el cuento ofrecido. Calcule Ud. cuánto interés revela esta actitud. ¡Qué puerta más amplia se abre al espíritu para que la voz del maestro pueda entrar con amor y modelar al hombre! El cuento cultiva hábitos de atención, mantiene el interés, presta oportunidad para el cultivo de los sentimientos generosos, estimula la fantasía que como Ud. sabe, se adelanta al presente. El niño aprende así a narrar dando propiedad a su lenguaje; los pone en contacto con las grandes mentes, prolongan su infantilidad, principio fundamental en la nueva educación.

Además sirven de estímulo al trabajo cotidiano, cultivan la sociabilidad, el servicio mutuo, etc., etc.

En conclusión, todas las lecciones del maestro serán provechosas si se les da aspecto de cuento en donde el niño encuentre alegría, la natural alegría que experimentan al oír narrar fenómenos fantásticos.

IV. Fuentes de información.

—Lo cierto es, que parece que yo he vivido esas cosas que he contado. Las escuché del pueblo, las adapté para los niños procurando llevar la narración hacia el cultivo del hombre de bien, trabajador y caritativo La naturaleza, la vida humana del ambiente guanacasteco me han dado los principales motivos que han dado forma a mis cuentos.

Muchas aventuras reales las he vestido con trajes de fantasía, las cuento a los niños y su gran regocijo me da la aprobación.

Para finalizar yo diría: "Maestro, cuenta cuentos y tus palabras tendrán el sabor de la miel."

MARÍA L. DE NOGUERA

Sta. Cruz, Guanacaste, octubre 23 de 1940.

De Dn. José de la Luz y Caballero se trata:

Quiere establecer una escuela de altos estudios, que abra nuevas carreras a la juventud cubana, y no sólo a los hijos de casas ricas. Las clases deben ser libres para todos: para los que paguen matrículas y para los que oigan las explicaciones sin pagarlas. Anexo al Instituto, y como parte suya, estaría la Escuela Normal Práctica, *donde se aprendiera el modo de enseñar. En Alemania le llamarían un* Seminario de maestros, *pues seminario vale tanto como decir semillero en su acepción más profunda. Cierta frase de don Pepe en el* Informe del Instituto *nos da el cabal propósito de su enseñanza: "Hombres, más que académicos, es lo que trata de fundar el Instituto". De los académicos, de los pedantes, de los que saben por saber y no le dan otro uso a la sabiduría que para mirar a los demás por encima del hombro, líbrenos el Señor que todo lo puede. No hay vecino más tedioso, ni amigo menos buscado, ni pavo real más inútil.*

(R. Estenger: *Don Pepe.* Retrato de un maestro de escuela. La Habana, 1940).

Oda a Rabindranath Tagore

(*Envío del autor*)

Vaedja de los príncipes, el del barbado rostro,
verbo de tempestades y corazón de llama;
ante tu majestad hierática me postro,
biznieto preferido del blanco padre Brahma.

Moisés de nuestros días!
Oyó tu pueblo, triste, mordido por las dudas,
tu sabia voz profética como la de Isaías;
y las dolientes almas, por el dolor desnudas,
tuvieron lenitivo para sus agonías:
el bálsamo que brindan los Cristos y los Budas
y los fraternos dioses de las mitologías.

Los ídolos de antaño temblaron en sus urnas
cuando tú, gran vidente de las resurrecciones,
dudaste de sus mansas pupilas taciturnas,
de sus mutismos trágicos y sus meditaciones.

Hubo en el cielo un vasto rumor de encantamiento
cuando cayó el antiguo ritual de aquellos dioses.
Yo he visto, en los fakires, el estremecimiento
que puso entre sus carnes el ansia de otros goces...

Yo vi sobre los templos, en la alborada roja,
cien trompas arcangélicas aclarinar el viento,
y los derruidos dioses llorando de congoja
junto al altar votivo que alzó tu pensamiento

Yo vi los pebeteros irguiendo sus columnas
de perfumadas nubes, en actitud extraña;
oí cantar de gozo los Ganges y los Sumnas,
allá en el solitario nidal de la montaña.

He visto aletargarse la mística Serpiente;
y al fin, el sacro fuego, que purifica y salva,
incineró el pasado... y silenciosamente
arder sobre la pira lo vió la luz del alba.

. . . .

Padre Tagore, un día, para bañarse en lumbres,
mis líricas alondras, volaron a las cumbres
del Himalaya... En vano fatigaron el ala
porque encontraron muerta la luz de tu Bengala...

En los celestes prados
ya encantaba tu oído la divina armonía,
y el canto melancólico de los cisnes sagrados
que mueren en las aguas rimando su agonía.

Oh, bienaventurado cantor de los hindúes,
las dulces bayaderas de tus nativos lares
no danzan ya sus lanzas ni agitan sus collares,
al són de finas flautas de armónicos bambúes.

Los pájaros rituales, henchidos de amargura,
silenciaron sus trinos hasta el alba futura...
y los viejos brahmines, melancólicamente,
por todos los caminos ambulan sin oriente.

Las ninfas de la selva —desde que tú partiste—
ciñen guirnaldas muertas sobre su frente triste.

Los sátiros cabríos —en los bosques eternos—
no tocan la siringa ni mueven ya los cuernos;
y los centauros pasan con la humana cabeza
como rendida al peso de una amarga tristeza...

———

Rabindranath, profeta de un siglo moribundo,
has ahondado el enigma de los reinos ignotos,
pero vive tu espíritu que flota sobre el mundo,
como en sagrados ríos el alma de los lotos...

FERNANDO CENTENO GÜELL

Costa Rica.



El Tagore
(Talla en madera de *Teodorico Quirós*).

———

¡Ay, Zamba Caderona!

(Del Folk-lore panameño)

(En el *Rep. Amer.*)

Ay, Zamba Caderona!
menea tu cadera
¡ajé!

Sus ojos electrizados
eran como dos hogueras,
que en la cumbia refulgían,
aquella noche de fiesta;
y sus senos apuntaban
dos botones de madera,
que indicaban al deseo,
aquella noche de fiesta.
En la danza iba agitando
remolinos de caderas,
temblores de seno virgen,
carnes de aceituna fresca...

Ay, Zamba Caderona!
menea tu cadera
¡ajé!

Ritmo de su tallo núbil
—fragilidad de culebra—
era el ritmo del deseo
aquella noche de fiesta.
Insinuaciones tenían
sus senos y sus caderas
y sus ojos encendidos,
aquella noche de fiesta.
Como era la despedida
de su noche de doncella,
se hacían promesas sus senos
y resabios sus caderas,
cuando de la cumbia alegre
iba ritmando la rueda.

Ay, Zamba Caderona!
menea tu cadera
¡ajé!

Juan la esperaría en la tranca,
a la orilla de la cerca,
—su potro bien ensillado,
luciendo mantilla nueva,
freno de blanco metal,
de cuero blando las riendas
y colocado el galápago
en el anca de la bestia.
En el arzón fina daga
y al cinturón de correa
colgando fiero revólver,
lleno de cápsulas nuevas,
pues era cuestión de macho
la aventura de su espera.—
Juan la esperaría en la tranca
a la madrugada fresca,
cuando la perdiz pitara
su prolongada sirena
y desataran los gallos
sus clarines y trompetas.

Ay, Zamba Caderona!
menea tu cadera
¡ajé!

Y pensando en esa fuga
—fuga de doncella trémula—

sus senos se hacían temblores,
remolinos sus caderas,
dos brasas rojas sus labios
y sus ojos dos hogueras.

Como era la despedida
de su noche de doncella,
sonaba alegre la cumbia
en la madrugada fresca...

Cumbiera, cumbia, cumbiamba,
cumbiamba, cumia, cumbiera...!

Ay, Zamba Caderona!
menea tu cadera
¡ajé!

MOISÉS CASTILLO

Panamá, agosto de 1941.

Son apuntes...

(En el *Rep. Amer.*)

El llanto del futbolista

Se acercan las tres de la tarde, todos los enfermos que podemos hacerlo nos trasladamos a los corredores para ver la entrada de las visitas. Una masa humana pugna por alcanzar las galerías, las escaleras, los salones; es una invasión, yo tiemblo por los enfermos graves, y no dejo de pensar en los sanos que llegan, siempre me parece que algunos se quedarán con un miembro roto o sufriendo un desmayo.

Las sillas de ruedas son en este recinto tan corrientes como las bicicletas afuera, en la calle libre. Cada uno maneja la suya, y formamos una reunión de privilegiados a pesar de la reciente operación, del asma caprichosa, y sobre todo, de los miembros inmóviles o ausentes.

Entre los muchos que somos, ha logrado interesarme un futbolista muy joven y con una sola pierna, teniendo la otra en candidatura, como él dice. Era un hábil zaguero, en las peripecios del juego sufrió una caída insignificante, pero vino la infección y hubo que amputar. Ahora se trata de salvar la otra pierna también afectada, y hay pocas esperanzas de conseguirlo. El lo comprende y se lo dice a todo el mundo, con una alegría falsa y una risa estruendosa que sabe a llanto.

La novia fiel nunca falta a la visita, le trae dulces y frutas, que comen alegres, conversadores. Cuando él insiste en que perderá la otra pierna, y hace sonar el grueso cascabel de su carcajada, ella junta los labios y el verde obscuro de sus ojos arábigos se torna casi negro y se vitrifica con las lágrimas que no deben asomar.

Una tarde, él le decía con su habitual y cruel risotada:

—Cuando me corten la otra pierna, sé que no volverás, pero yo no me aflijo por eso, brincando como un zajo te iré a buscar donde quiera que estés, y me reiré tanto de tus nuevos amores, que o te hacés Hermana de Caridad, o tenés que hacer la caridad de seguirme queriendo!

Una menudencia

No se lleva las tres yardas de tela el uniforme de la enfermera rubia que es el querer de todos en el hospital. Sus compañeras dicen que ya tiene veinte años, pero yo creo que exageran; para mí esa criatura acaba de salir de sexto grado. O tal vez de un cuadro del Ticiano, cuando menos, del jardín grande, ese de las rosas de seda, que sólo de noche y con múltiples precauciones para que no me vean las hermanas ni los jefes, he podido coger y tengo en mi cuarto para alegrar mi soledad. Ella también llega con frecuencia a visitarme, es linda y buena, juntas bordamos y leemos después de las dos, cuando queda libre. Se distingue entre todas por su tipo delicado y su gran belleza, aún cuando es la de menor estatura. Seguro por similitud en esto último, es que se entiende tan bien conmigo, y una tarde obscura, toda de lluvia y de frío, me contó su historia, corta, romántica, vulgar, pése al hechizo de su cabellos rubios y a la dulzura de sus ojos zarcos llenos de pureza.

No vino de retablos ni de jardines, vino del campo sencillamente, fué estudiante aplicada, inquieta, y quiso dedicarse a la enfermería. La familia lo encontró muy razonable, no tuvo contratiempos, todo se lo allanaron. Los médicos se disputaban sus servicios, los enfermos la pedían para que los asistiera. Ella era feliz, estaba tan satisfecha con su popularidad!

De Chicago llegó un nuevo profesional, de extracción humilde y pletórico de ambiciones. Tan pronto vió a la rubia le tomó cariño y se hicieron novios. Los días felices que pasó con él, ya en el trabajo ya afuera en teatros y paseos! Llamitas azules y puntilos de oro pasaban por sus ojos de color indefinible, cuando recordaba aquellas horas. Un idilio de pocos meses, un drama de muchos años.

La rica heredera ganando la partida que no empeñó, un joven anónimo convertido en notable especialista, dos miembros importantes para la sociedad distinguida. Y allá, al pie de la cordillera, cuando los labriegos volvieron de su trabajo, llevaron al cementerio del pueblo una diminuta caja blanca. Mientras las simples y bondadosas mujeres del campo, cuidaron a la madre, a la pobre muñeca rubia, que tuvo que olvidar y volver al oficio, escondiendo la pena bajo la abnegación. Y ahora, sostiene lucha desigual con aquellos distinguidos exponentes de la cultura moderna, buscadores de lances, desflecadores de ilusiones, elegantes profesionales tan a menudo apartados de su verdadera misión.

El quemado

Siento repugnancia de hacer esa visita, sin embargo, pasaré mañana tan pronto como la enfermera me avise que puedo entrar. Tendré que dominarme para mostrar una cara complaciente cuando tengo el asco metido en el cuerpo. Ese olor a carne descompuesta, llegando a mi cuarto noche y día, me tiene tan susceptible, que a veces aborrezco a mi vecino, y otras, soy un bálsamo para su largo martirio.

—Ya puede venir, yo le avisé y está muy agradecido, mandó buscar flores, pidió una colcha bien blanca y mucho, mucho desinfectante.

¡Pero si no es viejo, ni antipático, todo lo contrario, negros los hermosos ojos, la barba endrina cubriendo las enjutas pálidas mejillas, y una espléndida sonrisa llenando de luz el cuarto número 5, el cuarto de mi vecino El Quemado.

Es una macolla de ilusiones, un fulgurar de esperanzas. Tiene veintiséis años, una mujer y dos hijos. Tres meses hace que está tendido inmóvil con el pecho en una sola llaga, mordido por agudísimos dolores. Medio año todavía le falta, según el médico, para abandonar el hospital. Mezcla de moro y cristiano, es manso y ardiente, fatalista y religioso. Quiso narrarme "el percance".

Cuidaba las máquinas de una planta eléctrica, una vez llegaron juntas la tempestad y la noche, alevoso el rayo se lanzó sobre las infatigables trabajadoras, y él se vió en un torrente de luz, que era fuego y dolor y fué sombra insondable después. De los días que siguieron sólo recuerda el penar. Al principio creyó en la muerte y tocó sus frías delgadas manos, se iba con ella inconsciente, indefenso. Pero los días se bebían la niebla, y una mañana le vió la cabellera al sol, oyó los pájaros, aspiró la brisa, y más profundo que el dolor, bajo la carne ulcerada y nauseabunda, notó el revenar de sus luchas y de sus esperanzas. Desde entonces la luz se quiebra en su dentadura fuerte y blanca, sonrisa expresiva que esconde la impaciencia que ya lo consume.

—¡Seis meses! Si cuento los días, me resultarán demasiados, por eso repito siempre, seis meses, para que se gasten pronto y poder volver a mi casa, con mi familita, y volver a las máquinas, a las infatigables, a las que me dan la vida, y tienen derecho a darme también la muerte.

ALICIA CASTRO ARGUELLO

Hospital San Juan de Dios, en San José, Costa Rica, y en 1940.

EDITOR:
J. García Monge.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
DOS TOMOS: $ 5.00
oro am.
Giro bancario sobre Nueva York

Allons, enfants . . . !

(En el *Rep. Amer.*)

Entre el bagaje de dignidad que las tropas del General De Gaulle llevan, en su cruzada a favor de Francia, se halla La Marsellesa, el himno que nació en tierra gala para consolar con un beso de amor a los caídos y para flagelar a los tiranos con sus acordes que son latigazos de fuego.

Este canto patriótico, engendrado en un rincón de Alsacia, pasó de Estrasburgo a Marsella. Fué, como dice Jean Richepin, a mojar el borde de sus alas en el Mediterráneo milagroso, cuya espuma infantilizó a Kypris Afrodita, la Belleza, y cuyo glauco azur resplandeció en los ojos de Palas Atenea, la Razón. Después de haber cambiado las ninfas del Rhin por las nereidas del Mare Nostrum, voló a París, en julio de 1792, entre las bayonetas de un grupo de voluntarios marselleses, llamándose entonces "Canto de Guerra del Ejército del Rhin". Fué recibido con gran entusiasmo y en las calles de la Ciudad Luz se le bautizó con el nombre inmortal de *La Marsellesa.*

Llegó tarde para asistir a la toma de La Bastilla, pero logró recoger el eco grandioso de lo que allí sucedió. Más aún. De los escombros del abominable baluarte sacó los resplandores con que luego habría de recorrer a toda Europa subrayando el evangelio de los Derechos del Hombre.

Allons, enfants de la Patrie...!

Francia la convirtió en su canto nacional y no sólo parece, cuando rasga los aires con sus acentos aguerridos, que pone alma al pabellón tricolor, sino que acude a donde quiera que la Humanidad oprimida necesita lanzar un grito de justicia.

Desde hace un año, y, debido a la caída de las armas galas, La Marsellesa enmudeció. Después ha tenido que emigrar de Europa como símbolo de libertad. Pero en cambio se le escucha, dando alas de ensueño a las esperanzas en esta hora de prueba para el mundo, bajo el cielo de Africa. Desde las guarniciones de Túnez, de Argelia y de Marruecos, rompe de vez en cuando, con su vibrante sonoridad, la atmósfera cargada de inquietudes, a través de la cual se vislumbra, en prenda de redención, la figura del General Weygand, cuyo genio tiene indudablemente a su alcance el milagro de que habló Monsieur Reynaud para salvar a Francia. Y es que el General Weygand, buen discípulo del Mariscal Foch, también sabrá escoger el momento oportuno para tomar el camino de la restauración.

Pero en donde La Marsellesa adquiere actualmente, según la concepción de Rude, toda la grandiosidad de su simbolismo libertario, es en los campamentos del General De Gaulle; porque es allí, donde sin temores que parecen traición ni debilidades que recuerdan esclavitud, se halla acampada Francia con todo el glorioso poderío de sus grandes fechas. Allí se dan cita, como invisibles libélulas de esperanza, las oraciones de las madres francesas. Son un cortejo interminable de vibraciones espirituales, llenas de fé y de angustia, que van al corazón de los soldados de Francia Libre para asociarse a su solemne juramento de luchar por la Patria. Allí también se dan cita, procedentes de todas las épocas de la historia, las sombras de los Grandes Capitanes franceses que llegan a los vivacs, provocando un susurro de victoria, a mezclarse en el sueño de los nuevos combatientes y a prepararlos para que se glorifiquen en su sacrificio. Porque la tragedia es la misma. El destino de Francia aparece siempre unido al de la Civilización. Hoy, como ayer, el Ave Fénix de las Galias resurgirá, una vez más, de sus propias cenizas. ¡Francia es inmortal!

Allons, enfants de la Patrie, le jour de gloire...!

Las notas vienen ahora de Siria y hacen pensar en el Oriente donde una estrella trajo la bendición del Cielo a los hombres. Hoy riegan una promesa sobre el mundo. Mañana será una realidad. Y cuando esto suceda y Francia sea libre, ¡para siempre!, La Marsellesa promulgará, con su lenguaje universal, los Derechos de los Pueblos; y ya volverá a decir, como dijera en labios de Rouget de l'Isle, *pour la première fois, allá, chez Dietrich,* ALLONS ENFANTS DE LA PATRIE, LE JOUR DE GLOIRE, ¡EST ARRIVÉ!



RODOLFO CASTAING

Costa Rica, 14 de julio de 1941.

Salidas de...

(*Viene de la página 248*)

Cuando Coleridge dijo que toda gran inteligencia es andrógina, para nada pensó en una inteligencia que simpatizara especialmente con las mujeres; una inteligencia que defendiera su causa o se dedicara a su interpretación. Quizá la inteligencia andrógina propende menos a esas distinciones que la inteligencia de un solo sexo. Quería decir, tal vez, que la inteligencia andrógina es resonante y porosa; que trasmite sin dificultad la emoción; que es naturalmente creadora, indivisa e incandescente....

Si mi teoría de los dos lados de la mente no es un error, lo masculino acaba de tomar conciencia de sí mismo — vale decir, los hombres ya no escriben sino con el lado viril de su cerebro. La mujer que los lee comete una equivocación, porque inevitablemente busca algo que no hallará. La facultad de sugestión es la que uno extraña, pensé, tomando al crítico Sr. B. y leyendo, con mucho cuidado y mucha aplicación, sus notas sobre el arte de la poesía. Muy capaces eran, muy agudas y llenas de erudición; pero lo malo es que sus sentimientos no se comunicaban: su inteligencia estaba como aislada en cámaras distintas; ni un sonido iba de una a la otra. Cuando uno toma una sentencia del señor B., ésta se cae al suelo, muerta; pero cuando uno toma una sentencia de Coleridge, ésta explota y da nacimiento a otras ideas de todas clases, y sólo de esa literatura cabe decir que tiene el secreto de la vida inmortal.

VIRGINIA WOOLF

(*Concluirán*)